



Una novela de **DANIEL LUNA**

*“I've been looking so long at these pictures of you
That I almost believe that they're real
I've been living so long with my pictures of you
That I almost believe that the pictures are all I can feel”*

Pictures of You – The Cure

– No te culpes... – fue lo primero que me dijo tu padre cuando los operarios terminaron de sellar el nicho – No te culpes, porque tú no has tenido ninguna responsabilidad.

Y se abrazó a mí, antes de que las lágrimas le impidieran seguir hablando.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces (demasiado, ¿verdad?), pero sigo recordando con nitidez todo lo que me dijeron aquellos rostros compungidos que acudieron a despedirte; mientras me estrechaban la mano, o me abrazaban y me manifestaban su pesar y absoluta consternación.

– No es justo – musitaron algunos – Era tan joven...

– Dios siempre se lleva a los mejores – dijeron otros – pero seguro que la tiene a su vera, allá en el Cielo, en el último refugio de los justos... Es lo que se merece.

– La echaremos de menos – afirmaron varios – y atesoraremos por siempre cada momento que compartimos con ella.

Pero ninguna de aquellas palabras – que agradecí, por descontado, aunque no me reportasen el menor consuelo – sirvió para responder a la pregunta con la que llevaba días reconcomiéndome, a esa incógnita angustiosa que hubiese dado mi propia vida – lo poco que quedaba de ella, en cualquier caso – por despejar.

¿Por qué?

Fue tu padre quien escribió en el cemento fresco con el que cubrieron el nicho. Le temblaban las manos mientras lo hacía, incapaz de contener el torrente de dolor que se desbordaba desde sus ojos. Con pulso trémulo, arañó la argamasa hasta completar, una a una, las letras de un nombre que ambos habíamos dicho infinidad de veces pero que ninguno quería asumir que jamás volveríamos a pronunciar.

(Tu nombre, Claudia)

Cuando todos se marcharon, yo permanecí allí. Seguía con los ojos fijos en aquel rectángulo grisáceo que pronto cubriría tu lápida, en el seguido de letras que pretendía evocarte sin lograrlo (porque ni toda la superficie del planeta podría albergar suficientes palabras para hacerte justicia), en el ramo de rosas amarillas (tus preferidas, sí) que dejasen tus hermanos, en las dos coronas a tu

nombre que se obstinaban en recordarme que ya no estabas conmigo.

No lloré, ésa es la verdad.

(Ya había consumido la última de mis lágrimas, para entonces)

Ni siquiera recuerdo haber sentido otra cosa que vacío. Cuando rememoro esa tarde, es como si fuese otra persona quien la está viviendo: me veo desde fuera – una película de mí – y siento lástima por ese individuo mudo y estupefacto que mira el nicho como si fuese el primero que ve, incapaz de identificarte en aquellos toscos trazos... Es como si estuviese intentando arrancar de esa superficie fría y muerta un ápice de sentido que justifique lo que está ocurriendo, que dé respuesta a la acuciante pregunta que va a acompañarle desde entonces.

¿Por qué?

Sigo sin tenerla ahora mismo, sentado como estoy en el borde de la cama (*nuestra* cama), con la cámara armada en su trípode ante mí. Ni siquiera estoy seguro de que sea sensato lo que me dispongo a hacer, pero mi propia existencia dejó de tener sentido hace mucho y no creo que me quede otra salida posible. Sólo sé que no puedo vivir ni un día más sin ti y que si esto es lo único que puedo hacer para que volvamos a estar juntos – aunque sea un fugaz instante – bien merece la pena intentarlo. Por triste que sea, por doloroso... Por inconcebible.

Porque necesito saberlo, Claudia: necesito confirmar que las palabras de tu padre eran sinceras; que no fueron una simple deferencia, un gesto condescendiente para evitar echar más leña a un fuego que había terminado por consumirnos a todos.

Que eran VERDAD.

Pero, sobre todo... necesito saber que tú piensas igual.

(– No te culpes... – me dijo – No te culpes, porque tú no has tenido ninguna responsabilidad)

Y es que ha pasado ya un año, Claudia, y sigo culpándome por ello.

Fue Fermín quien me convenció para salir de casa, aquella mañana.

Llevaba siete meses encerrado allí, aislado del mundo desde tu entierro; evitando contestar a un teléfono que se empecinaba en reclamar un poco de atención: con insistencia, al principio; esporádicamente, después.

Si te soy sincero, no tenía ningunas ganas de ver a nadie.

Me seguía levantando temprano, eso sí, y me limitaba a arrastrarme hasta el cuarto oscuro, donde pasaba el día entero trajinando con las cubetas. Pedía comida para llevar, cuando llegaba el momento, y volvía a encerrarme entre aquellas cuatro paredes a las que había reducido mi universo, con poco más que café y pitillos como sustento.

Uno tras otro, nombres de personas a las que apenas podía ya poner cara – mi padre, los tuyos, el propio Fermín, tu hermano, Celia y Andrés, Fermín otra vez – se sucedieron en la pantalla de mi móvil, tratando de recordarme que existía otra vida más allá del limbo al que había decidido condenarme.

No atendí a ninguna de aquellas llamadas. Estaba centrado sólo en una cosa: durante aquellos ocho meses, lo único que me permití hacer fue rebuscar en viejas cajas, en carpetas y archivadores, hasta que encontré todo el material que tenía almacenado que contuviese tu imagen.

(Negativos: a eso se redujo mi vida)

Te sorprendería ver lo que he hecho: hay miles de fotos – decenas de miles, quizás – por todas partes; colgadas con celo y chinchetas de las paredes, las unas sobre las otras, y también cubriendo los muebles, o desperdigadas por el suelo.

(Fotos de ti, Claudia)

No sé hacer otra cosa, después de todo, y quise recrearte hasta el más mínimo detalle: para no olvidarte nunca, como empezaba a pasarme con los rostros de los demás; para recordar por siempre lo que tuve y lo que eché a perder.

Tu rostro decora ahora nuestra habitación: tus ojos, tu sonrisa, los lóbulos perfectos de tus orejas – con esos pendienteitos de brillantes que te regalé –. Y tus manos, también; tu cintura, el lunar de tu rodilla derecha, la curva de tus pechos insinuada bajo una de tus blusas de seda... Tú por

toda la casa, impresa en todos los tamaños que permite esa vieja máquina que guardo en el cuarto oscuro: en 10x15, sí, y en 13x19; pero también en ampliaciones de 60x80 y de 76x125. Planos generales de ti, americanos y medios largos; y un sinfín de primeros y detalles arrancados de esos viejos negativos, domeñando el grano con química, como me enseñó a hacer mi padre.

Estás tumbada en nuestra cama, ahora mismo, aunque tú no lo sepas.

(¿O sí lo sabes?)

Seis ampliaciones de 20x30 recrean tu cuerpo entero, durmiendo como solías hacerlo: tendida sobre el costado derecho, con las rodillas flexionadas y los labios entreabiertos. Me tumbo a su lado (a *tu* lado) cada maldita noche y me consuelo mirando ese rostro dormido, acariciando el retrato fragmentado de lo que fuiste.

Te hice una foto hace años, ésa es la verdad. No podía conciliar el sueño, aquella noche, y me desperté molesto y bañado en sudor. Era uno de los veranos más cálidos que recuerdo. La luz ambarina de las farolas, colándose entre los listones de las persianas, me dio a entender que era aún de madrugada. Bufé (ya sabes cuánto odio que me dé uno de esos episodios de insomnio), pero mi enojo se esfumó en cuanto te vi.

No tienes ni idea de lo hermosa que estabas cuando dormías: tan perfecta, tan plácida... Tan etérea y dulce. Así que cogí la cámara y capturé aquel instante en celuloide. Nunca te conté que lo había hecho, es cierto, pero no sabes la de veces que he recurrido a esa foto para serenarme, para exorcizar la frustración y la rabia que me corroen los días especialmente malos.

Colgué la última foto justo cuando abril se convirtió en mayo y dio comienzo *el séptimo mes tras tu ausencia*.

(Así mido el tiempo ahora, ¿qué te parece?)

El móvil sonó nada más hacerlo. **FERMÍN**, se leía una vez más en la pantalla; el único nombre de toda la agenda a quien mi obstinado silencio no había hecho cejar en sus intentos de contactar conmigo. Respondí, claro está. Por eso nos vimos, al día siguiente, en aquella cafetería del centro que tanto le gusta.

(La misma que tú siempre definías como “*demasiado retro; como traída, intacta, desde los años 50*” y que tendíamos a evitar cuando salíamos)

Me pedí un café con leche. Él, un tercio. Mientras removía con desgana el azúcar que acababa de verter, con los sentidos embotados aún por un exceso de luz y sonido al que me había desacostumbrado, Fermín no dejaba de mirarme. Estaba serio, cariacontecido; fijos en mí esos ojos azules que oculta tras los cristales de sus *Rayban*. Buscaba las palabras adecuadas para decirme lo que tenía que decir, por supuesto, y se tomó su tiempo antes de decidirse a hablar.

– Dirás que me meto donde no me llaman – empezó – pero creo que no deberías seguir así.

Yo le miré también, entonces.

– Tendrías que verte... Has envejecido diez años.

– Tienes toda la razón – le respondí tras unos segundos de mutismo – Te estás metiendo donde no te llaman.

– Santi, en serio... – insistió – No te vas a hacer ningún bien de esta manera. Me preocupas... Veo cómo te estás consumiendo y, la verdad, me asusta dónde puedas llegar a parar.

Dejé de remover y di un largo sorbo a mi café, antes de replicarle.

– Es tu opinión, nada más – fue lo que le dije.

– A eso me refiero, precisamente... ¿Te estás oyendo, Santi? Obcecarte en negar la evidencia es la demostración más clara de que estás llegando al punto de no retorno. Lo has dado todo por perdido, por el amor de Dios... ¿Qué clase de actitud es ésa para un tipo de apenas treinta y siete?

– ¿Y qué se supone que debería hacer?

– No lo sé – reconoció – Pero esto no, desde luego... Recuperar la ilusión, supongo, aunque sea más fácil decirlo que hacerlo.

– Pues asunto concluido – le espeté.

– Para nada – dijo, frunciendo el ceño: no iba a dar su brazo a torcer, eso estaba claro – No pienso aceptarlo, ¿me oyes? No voy a permitir que languidezcas hasta apagarte, Santi. ¿Resignación? Puedo entenderlo, sí. Pero... ¿remisión? No, por ahí sí que no paso.

Fermín hizo una breve pausa y se recostó en el respaldo de su silla. No recuerdo haberle visto así de enojado antes: él, que es siempre bromas y *jijís* y *jajás*.

– Lo que ha ocurrido ha sido algo muy duro, Santi – continuó – También para mí, aunque sé que sólo la milmillonésima parte de lo que debe de haber sido para ti... Pero eres tú quien está tomándose este café conmigo, ahora mismo. Claudia ya no está, Santi, por mucho que nos duela a todos... Y no pienso tolerar perderos a los dos.

Guardé silencio después de aquello. Me dolieron sus palabras, no voy a negarlo, y sentí el impulso de agarrarle por las solapas y escupirle en la cara que no tenía ni la más remota idea de lo que estaba hablando; que sólo el día que sintiese la mitad de la devastación que sentía yo entonces, sería capaz de comprender hasta qué punto era estúpido aquel sermón; lo poco que valía cualquiera de aquellas frases hechas...

Pero no lo hice.

Estaba intentando ayudarme, después de todo; preocupándose por mí. Aunque sirviese de bien poco, Fermín me estaba demostrando que era mi amigo – uno de verdad; tal vez el único que me quedaba –, que lamentaba profundamente mi pérdida y que quería que contase con él. Y aquél era un gesto, como mínimo, digno de ser agradecido.

– ¿Por qué no empiezas por aceptar la proposición de Montoya, por ejemplo? – sugirió – Trabajar en esa exposición te permitiría mantenerte ocupado y evadirte, al menos por un momento, de todo lo que te ronda por la cabeza.

– ¿De verdad lo crees...? – le pregunté.

– No lo sé – volvió a reconocer – Pero podría ser un principio.

– Sí... – dije casi para mí, desviando la mirada hacia el trasiego de la ciudad, que nos acechaba desde detrás de las cristalerías que flanqueaban la cafetería – Podría.

Fermín apuró su tercio mientras yo permanecía en silencio, perdido aún en aquella panorámica.

“Quizás tenga razón”, pensé, “Tal vez lo que necesito es volver a la normalidad, aunque sea

sólo a un mero simulacro de la misma”.

Y fue entonces cuando dijo algo que me ha acompañado hasta hoy:

– Hay quien dice que permanecen entre nosotros, al lado de sus seres queridos; velando por ellos, cuidándoles... – y me esbozó la sonrisa más triste que he visto jamás – No sé si te servirá de consuelo, pero igual te hace sentir mejor pensar que, quizás, sí es así.

Supongo que, en cierta manera, estaba predestinado a ser fotógrafo. Era la profesión de mi padre, a fin de cuentas, y pasé gran parte de mi infancia rodeado de todos aquellos cachivaches que utilizaba para desarrollarla y que he terminado por conocer tan bien. Veneraba su oficio, mi padre. Perdía la noción del tiempo cuando estaba con su cámara – una *Leica* idéntica a la que utilizaba Cartier-Bresson – o encerrado en el cuarto oscuro; e inoculó en mí una pasión de la que nunca he sabido – ni querido – desprenderme. Decía siempre (y creo que yo mismo lo he repetido en más de una ocasión, ¿verdad?) que la fotografía es un compromiso con el mundo, una responsabilidad que algunos asumen con el difícil propósito de ser capaces de estar a la altura. Decía que la memoria es imprecisa, que la cámara que tenemos en nuestro cerebro es falible – que olvida y manipula, que sustrae y sustituye –, haciendo que nuestros recuerdos sean interpretaciones y no testimonios fidedignos. La fotografía, bien al contrario, es inmutable: refleja lo que ocurrió con precisión, sin escamotear detalles; sin obviar elementos que preferiríamos no ver o que nos resultan incómodos.

– La verdadera Historia se almacena en negativos, nunca en nuestra mente – me susurraba en tono conspirativo, como si se tratase de un secreto que sólo yo era digno de conocer.

Y me contaba anécdotas, entonces, de los fotógrafos que admiraba – de Robert Capa y David Seymour, del propio Cartier-Bresson, de Don McCullin y W. Eugene Smith –, de cómo habían llevado ese compromiso hasta el extremo – hasta morir por él, a veces –, de su idea del mundo y de la profesión que se encargaron de dignificar.

“Fotografiar es colocar la cabeza, el ojo y el corazón en un mismo eje”, afirmaba Henri

Cartier-Bresson.

“*Lo importante es ver aquello que resulta invisible para los demás*”, decía Robert Frank.

“*Si tus fotos no son lo suficientemente buenas, es que no te has acercado bastante*”, era la máxima de Capa.

Y convirtió a aquellos fascinantes personajes en mis héroes, como *Spiderman*, o *Los Tres Investigadores* o *D'Artagnan* lo eran para la mayoría de los niños de mi edad.

Recuerdo perfectamente el día que me descubrió su oficio. Tenía nueve años, entonces. Estábamos en Atzaneta, pasando las vacaciones de Pascua en la vieja casona de mis abuelos, con sus tres pisos y el techo a dos aguas, y aquel viejo portón con aldabas encastrado en el gran paredón de piedra encalada que era la fachada. Mi padre cogió su *Leica* y me buscó en el patio trasero, donde yo solía retirarme para jugar. Me puso la mano en el hombro, se inclinó sobre mí y me susurró:

– Santi, hijo... Ha llegado el momento.

Le seguí sin saber muy bien a qué se refería. Atravesamos las calles del pueblo en el más absoluto silencio – yo unos cuantos pasos por detrás de él – y bajamos al río Montlleó, recorriendo su ribera hasta perder de vista el forillo de fachadas blancas y tejados rojos que parece Atzaneta desde la distancia. Nunca antes había visto el *Gorg* y me pareció una señora cascada aquel desnivel de apenas dos metros que hace saltar las aguas del río en su discurrir hacia el Mijares. Pero mi padre reclamó mi atención y me azuzó para que no me rezagase, así que no pude recrearme demasiado con aquella vista que, no obstante, ha contemplado después en multitud de ocasiones (casi todas contigo).

Recorrimos cuatro kilómetros sin apenas darnos cuenta, siguiendo montaña arriba la orilla del río hasta llegar a los pies del castillo. Que yo recordase, jamás me había alejado tanto del pueblo. Mi padre seguía sin pronunciar palabra. Llevaba colgada del hombro la bolsa en la que solía guardar su cámara y apoyaba en él, también, uno de sus trípodes ligeros. Se giraba hacia mí, de tanto en tanto – sólo para asegurarse de que seguía sus pasos y que no acababa enredado en algún

zarzal – y me chistaba para que no me entretuviese con cualquiera de las maravillas que iba descubriendo en nuestro deambular: *l'Ullal*, que aquel año borbotaba agua por las fuertes tormentas de marzo; *els tolls del castell*, las pozas que jalonan la rambla escalonada del castillo; los restos vetustos de cualquiera de los siete molinos harineros que se sobreviven aún hoy, en ambas orillas, al inclemente juicio del tiempo... Pero del motivo de aquel inesperado paseo, ni mención.

Llegamos a la *Cova Obscura* cuando el sol alcanzaba su cenit. La gruta se me antojó una grotesca boca abierta en las entrañas de la montaña y me detuve en cuanto la vi, sobrecogido. Mi padre se me acercó y se acuclilló ante mí con una comprensiva sonrisa en los labios.

– No hay nada de lo que tener miedo, Santi – me dijo – Sólo tienes que estar callado, ¿sí? Tanto como cuando la abuela te lleva a misa el domingo. ¿Podrás hacerlo...?

Asentí con la cabeza, aunque recuerdo que, lejos de tranquilizarme, aquella insólita exigencia hizo que se disparase mi desbordada imaginación infantil.

Me pegué a mi padre cuando nos adentramos en la negrura en el más absoluto silencio. No sé cuánto lo hicimos: treinta metros, a lo sumo, de los noventa y cinco que luego supe que conformaban la cueva. Me abracé a su pierna cuando él se detuvo y, con toda la parsimonia del mundo, procedió a desplegar el trípode y ancló la cámara a la zapata. En la oscuridad, me pareció intuir un sutil roce y una especie de ronroneo, pero oía con demasiada fuerza los latidos de mi propio corazón como para poder asegurar a ciencia cierta que estuviesen allí de verdad. De su bolsa, mi padre extrajo un botecito de aluminio amarillo con la tapa a rosca y, de su interior, un carrete de película fotográfica. Mientras lo cargaba, se inclinó hacia mí y me susurró:

– Nuestros ojos son muy limitados, hijo, por increíble que te pueda parecer. Aunque creas que te muestran todo lo que te rodea, no es así. Sobre todo en casos como ahora, que la oscuridad domina a la luz y hace que sean los bastones (unas celulitas que tenemos en la retina y que son las que “*traducen*” a nuestro cerebro lo que vemos) los que tomen el control. Comparados con una cámara (con cosas que te sonarán a chino como su distancia focal, su diafragma o su sensibilidad), nuestros ojos son poco más que dos bolas inútiles de tejido y humores. Y hoy vas a comprobar hasta

qué punto...

Obviamente, no entendí absolutamente nada de aquella perorata. Me limité a mirar a padre con expresión confundida, mientras me revolvía el pelo con cariño y terminaba de cargar la película en el chasis. Luego, manipuló la rótula del trípode y dirigió el objetivo de la cámara hacia la negrura, hacia el punto en el que debía estar el techo de la cueva – aunque bien podría haber habido cualquier otra cosa, porque era imposible atisbar absolutamente nada –. Entonces, accionó el disparador y la *Leica* se tomó unos cuantos segundos en emitir un tenue chasquido, y mi padre recogió sus trastos y me indicó con un gesto el camino de regreso al exterior.

Creo que nunca en mi vida me he sentido tan defraudado como entonces. ¿Aquello era todo? ¿Para eso me había arrancado de la emoción de mis *clicks* de *Playmobil* y arrastrado a kilómetros de la seguridad de la casa de mis abuelos?

“*Idiota*”, fue el calificativo que acudió a mi mente: “*Mi padre se ha vuelto idiota*”.

Regresamos a la casona en silencio, una vez más. Ahora, era yo el que no quería hablar, porque no le encontraba ningún sentido a aquella tomadura de pelo en la que me habían involucrado contra mi voluntad.

Mi madre nos sonrió cuando rebasamos el portón.

– ¿Dónde habéis estado? – preguntó, encantada de ver a padre e hijo compartir su tiempo.

– Por ahí... – fue cuanto le respondí, molesto aún.

Mi padre le dio un beso y negó con una sonrisa. Entonces, cogió la cámara y me animó a acompañarle al sótano, donde solía pasar la mayor parte de sus días de asueto. Estuve tentado de negarme, pero me han educado en no contradecir a mis mayores y no me quedó otra que obedecer, refunfuñando entre dientes.

Una vez abajo, sorteamos el montón de muebles y trastos viejos que se agolpaban en el centro de la estancia y nos dirigimos hacia la puerta que comunicaba con el cuartito que había al fondo y que siempre estaba – que yo supiese – cerrada a cal y canto. Mi padre sacó un llavín del bolsillo y la abrió, descubriéndome lo que se ocultaba tras ella: una habitación flanqueada de largos

bancos – sobre los que descansaba lo que se me antojó una multitud de palanganas – y con dos peculiares máquinas en un rincón. Olía raro allí y me mareé en cuanto puse pie en la sala, aunque hice como si no. Mi padre cerró la puerta tras de mí y soltó la lazada que amarraba una gruesa tela negra que pendía sobre el marco, en la cara interior de aquella. Entonces, accionó un interruptor en la pared y nos bañó una pálida luz rojiza que hizo que se me erizase el vello de la nuca. Y tomando en su mano la cámara, me dijo con una sonrisa:

– Seguro que has pensado “¿*Qué está haciendo el tonto de mi padre, arrastrándome a esta cueva para hacer una fotografía de la más absoluta oscuridad?*”. ¿Verdad que sí...?

Y yo bajé los ojos al suelo, culpable.

– Te había prometido descubrirte algo – prosiguió – y es lo que me dispongo a hacer. Pero antes, tienes que entender una cosa: esta máquina – y puso la cámara ante mi cara – es mágica. Sé que sabes perfectamente para qué sirve y que has visto miles de veces las fotos que mamá pone en los álbumes y que tanto le gusta mirar. Demasiadas incluso, ¿no es así...? – y volvió a sonreír – Pero hay mucho que desconoces y que es lo que la convierte en un objeto tan maravilloso: y es que si sabes cómo trabajar con ella, si te aplicas en aprender a utilizarla, en conocer sus secretos y sus trucos, en exprimir todo su potencial... puedes llegar a ver cosas que tus ojos se negaban a mostrarte. Puedes revelar aspectos de aquello que estabas viendo que ni siquiera podías sospechar que estaban allí.

Mi padre sostuvo mi incrédula mirada durante unos segundos, antes de sonreír por tercera vez.

– No me crees, ¿verdad...? – dijo.

Y procedió a descubrirme el ritual del revelado químico: apagó la luz y, a oscuras, introdujo el carrete en una de aquellas máquinas. Luego, uno por uno y en riguroso orden, fue añadiéndole una serie de líquidos de aroma acre y nombres evocadores – revelador, fijador... –, manipulando la máquina para que se agitase durante el tiempo exacto que requería cada uno de los productos, con un arrullo. Cuando extrajo el negativo revelado, lo enjuagó con agua, lo introdujo en un baño

humectante y, después, lo colgó de uno de los hilos que sobrevolaban los bancos de trabajo. Yo apenas podía dar crédito a lo que veía, transmutado ya mi enojo en pura fascinación: lejos de la inapelable mancha negra que hubiese jurado que iba a aparecer – es lo que encuadró en la cueva, a fin de cuentas –, podía intuirse algo más en los tonos sepia de aquel diminuto trozo de celuloide.

Mi padre procedió entonces a positivar el negativo: en la otra máquina, traspasó la imagen que contenía a papel fotográfico de 20x30. Cuando lo sacó de ella, era apenas una pátina gris enmarcada por un ribete blanquecino. Acto seguido, ayudándose de unas pinzas, introdujo el papel en una de las palanganas – cubetas, supe entonces que se llamaban –, en la que había vertido previamente una mezcla de líquidos, y lo sumergió en ellos. No recuerdo cuánto esperamos hasta que, como por ensalmo, empezó a dibujarse en él una imagen que sigo recordando como si la estuviese viendo ahora mismo: en blanco y negro, con un grano contundente que dotaba a la fotografía de una belleza singular, desvaída, aparecieron en aquel papel las sinuosas aristas de la techumbre de la cueva.

“Es imposible”, pensé entonces, “Estaba oscura como la boca de un lobo, aquella gruta. Y sin embargo...”.

Sin embargo, las tenía ante mis propios ojos. Y algo más, aún: asidos a la piedra con sus diminutas garritas, se observaba una veintena de murciélagos colgando del techo, plácidamente dormidos – los causantes del roce y el ronroneo que había creído oír, sin lugar a dudas –... Habían estado todo el tiempo allí, ocultos en la oscuridad; invisibles para mí, pero no para la cámara.

Allí.

Aquella sorprendente alquimia me enamoró y juré que consagraría mi vida a ella. Fue entonces, sí, en aquel cuartucho del sótano de Atzaneta, cumplidos apenas los nueve años, cuando decidí que seguiría los pasos de mi padre; que haría más sus palabras y me aplicaría en aprender a utilizarla, en conocer sus secretos y sus trucos, en exprimir todo su potencial.

He llegado a ser bastante mejor que él en este arte. Tengo muchos premios que así lo atestiguan; muestras y exposiciones en algunas de las salas más importantes del país. Y sin

embargo, hasta hace bien poco, nunca había conseguido una sola fotografía que me conmoviese tanto como la que hizo mi padre aquel día, en aquella oscura gruta que descubrí entonces y a la que te llevé tantas veces después. Ninguna de las que me reportaron halagos y galardones ha conseguido provocar tal efecto en mí.

Ni una sola.

(Hasta hace bien poco, ¿verdad?)

Hasta hace bien poco, sí.

Lo cierto es que me había olvidado por completo de la proposición de Montoya cuando Fermín la mencionó en aquella cafetería.

(Le recordarás, seguro que sí, a Carlos Montoya: con su porte señorial y sus maneras refinadas, el pelo ralo y cano peinado hacia atrás y esa querencia por los *blazers* de triple botón y los náuticos que siempre te pareció que le daban un aire a “*playboy trasnochado de los setenta*”)

Es un buen tipo, pese a lo que su aspecto pueda dar a entender: culto y educado, y que siempre ha sentido un especial aprecio por mí y mi obra. Fue la primera persona que accedió a exponerla en sociedad, a principios de los noventa, cuando estuve tentado de abandonar para siempre los encargos mercantiles que habían sostenido el estudio que heredé de mi padre y dedicarme exclusivamente a mis proyectos personales. Tú me convenciste de que no lo hiciera, de que compatibilizase ambas facetas. Dijiste que echaría de menos el trato directo con el público – su calor y su cercanía – si renunciaba a ello, si dejaba de ser un fotógrafo para convertirme en un “*artista*”, si – como Gisèle Freund solía decir – dejaba de “*amar ante todo a los seres humanos*”.

(Y tenías razón, Claudia, como en tantas otras cosas)

Hablamos por primera vez del tema aquella noche funesta en la Galería Van Dijk. Presentaba mi serie “*Reflejos II*”, entonces, que me había llevado casi un año y de la que nunca terminé de estar convencido del todo. Tú tampoco lo estabas, pero la galerista se mostró tan

entusiasmada con estrenarla, que no pude negarme a complacerle. Fue ella quien invitó a Carlos, que no dudó en censurarme haber tenido que enterarse por terceros y que definió la serie con un cortés “correcta”, cuando le pregunté su opinión en presencia de otros invitados.

Luego, ya solos, tomando un cava en el *foyer*, me dijo que aquél no era un espacio digno de mí, que tenía mucho más talento del que demostraban aquellas instantáneas vacías y que las puertas de su galería estaban abiertas para cuando quisiese volver a exponer algo que de verdad me definiese. Le agradecí su sinceridad, por descontado, y le confesé que estaba de acuerdo con él, que aquella serie había sido un error desde el principio, que había dejado de identificarme con ella al poco de comenzarla pero que, si su oferta era firme, estaba empezando a pergeñar una nueva que estaba seguro que sería de su agrado. Le conté el concepto general del proyecto y pareció encantado.

– Cuenta conmigo – me dijo – cuando la tengas lista.

Pero luego, claro, pasó lo que pasó y me olvidé por completo del asunto.

(Quizás por eso mismo, precisamente: porque aquella conversación tuvo lugar una noche que he intentado desterrar de mi memoria. Lo he conseguido en parte – en cosas como la proposición de Montoya, ya ves tú –, pero en muy poco más)

Tardé casi un mes, desde que Fermín me lo sugiriese, en hurgar en la agenda del móvil y llamar a Carlos para preguntar si aún estaba interesado en ello, pese al casi año y medio que había pasado desde que mantuviésemos aquella conversación. Para mi sorpresa, saludó con efusividad mi llamada.

– No sabes cuánto me alegro de oír tu voz – me dijo – Me consta que estás atravesando un momento muy difícil, que debe de ser inconcebible pensar en otra cosa, ahora... Tienes todo mi apoyo, Santiago. Te lo dije en el entierro y te lo vuelvo a repetir: estoy aquí para lo que necesites.

– Gracias, Carlos – le contesté.

– Pero permíteme decirte que creo que esto te va a hacer mucho bien. Puede ser una gran oportunidad para ti, ¿sabes?, y considero que sería una lástima dejarla pasar. Porque así es como

pienso tratarlo: como tu regreso por todo lo alto; como aquella exhibición póstuma sobre su obra en el *MoMA* a la que Cartier-Bresson se presentó cuando todos le daban por muerto.

– Me halagas, Carlos – le dije – y quiero agradecerte que sigas confiando tanto en mí.

– No tienes que hacerlo, muchacho... Desde el primer momento, te dije que el concepto que tenías para tu nueva colección me parecía muy sugerente. Y sigo pensando lo mismo: la quiero en mi galería. Nada va a hacerme cambiar de opinión.

– No sabes lo bien que me viene oír eso, ahora mismo.

– La verdad, Santiago – zanjó – Sólo la verdad.

Y aquellas palabras bastaron para que me decidiese a embarcarme en el proyecto, pese a las muchas dudas que albergaba respecto de si sería capaz de llevarlo a cabo.

Tres días después, volví a abrir la tienda – que había mantenido cerrada durante todo aquel periodo de reclusión voluntaria – y rebusqué en el almacén hasta que di con mi vieja *Nikon F2AS*; la primera que tuve, la misma que mi padre comprara en aquel viaje a Japón en 1980 y me legase por mi undécimo cumpleaños.

(Nunca me he sentido tan cómodo con otra cámara, si te soy sincero, y no podía concebir realizar mi nueva serie con ninguna de las demás que he ido adquiriendo por el puro placer de acumular. Sigo apegado al celuloide, bien lo sabes. Para mí, los 1s y los 0s no son fotografía; el *Photoshop*, el último recurso de los inhábiles. No puedo entender mi trabajo si no es en el cuarto oscuro, reproduciendo aquella mágica alquimia que se me reveló en el sótano de Atzaneta)

Seguía en perfecto estado, preservada en su maleta con todos sus complementos. La maquinaria respondió con precisión cuando certifiqué que era así, pese a los quejidos que profirieron sus relés, muelles y engranajes al verse vueltos a la vida inesperadamente. La limpié a conciencia, frotando con una gamuza empapada en alcohol cada recoveco de su rotunda estructura de *silumin*. Me revitalizó aquel ritual – he de reconocerlo – que casi había olvidado ya: sopesar en

mis manos los ochocientos gramos de aquel portento de la ingeniería mecánica me hizo sentir de nuevo que tenía un propósito, que seguía existiendo (al menos, una parte de mí) y me confirmó que la decisión que había tomado era la correcta.

Aquella exposición merecía ser hecha. TENÍA que serlo.

Una vez preparada la cámara, me surgió un problema que se me antojó irresoluble: ninguno de los carretes que tenía en *stock* me pareció adecuado para conseguir la estética de la que quería dotar a la muestra. Ni siquiera los más viejos, que conservo refrigerados en la pequeña nevera que hay en un rincón del almacén, me ofrecían las prestaciones que buscaba. Pero, entonces, mi mente voló una vez más – incontrolable – a la vieja casona de mis abuelos, a aquella imagen granulosa y en blanco y negro del techo de la *Cova Obscura* que tanto me fascinase.

Eso era lo que necesitaba, precisamente: aquel era el *look* que ansiaba conseguir.

Mi padre me habló muchas veces de la película que utilizó allí: se trataba de la 2475 de *Kodak*, una serie diseñada específicamente para uso policial y militar. Su asombrosa sensibilidad en condiciones lumínicas extremas, la convertía en perfecta para acometer labores de vigilancia y espionaje, y a tales efectos fue utilizada durante sus primeras décadas de fabricación. Luego se ofreció al uso civil, pero tuvo un recorrido comercial corto: era una película muy cara y extremadamente difícil de manipular – el negativo resultante era tan fino, que tendía a combarse en el carrete de las máquinas de ampliación, distorsionando el grano hasta desenfocar la imagen –. Se dejó de fabricar, pues, al mismo tiempo que se generalizó entre los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad el uso de los dispositivos infrarrojos, los visores térmicos y los aparatos de visión nocturna.

Mi padre se enteró de su existencia por un viejo ejemplar del *Popular Photography*, publicación a la que llevaba suscrito desde 1968. Quedó, con aquel análisis técnico a cuatro planas, tan impresionado como lo estuve yo mismo años después cuando lo leí. Ansioso por probarla, ahorró durante meses y solicitó una remesa completa a la sede central de *Kodak* en Rochester: doscientos carretes que tardaron casi medio año en llegarle, tras una interminable ordalía de papeleo y justificaciones ante las autoridades aduaneras. Cuando lo tuvo por fin en sus manos, le tomó más

de una hora decidirse a abrir el paquete, temeroso de que se tratase de un mero engaño y no existiera, en realidad, aquella sorprendente maravilla.

Desperdió más de una decena, claro está, sobrepasado por la diabólica complejidad de procesar una película que había terminado por desquiciar a muchos de los que se habían atrevido con ella. Pero si algo caracteriza a mi padre es su terquedad y, finalmente, consiguió aprender a dominarla: fue un verano a finales de los setenta, también en Atzaneta. Estuvo semanas encerrado en el sótano, probando bombillas y mezclas químicas con la máquina de ampliación hasta que consiguió resultados óptimos – aún sigue allí, de hecho, colgada de la pared con una corroída chincheta, la cuartilla en la que anotó la combinación adecuada de vataje y condensación –. Los utilizó con cuentagotas, a partir de entonces, aquellos carretes: sólo en ocasiones excepcionales. La foto que hizo en la gruta era, de hecho, la última de uno que llevaba seis meses armado en su chasis.

Salí de la tienda y paseé hasta su casa, recorriendo las calles de un barrio que había cambiado notablemente desde que me recluyese. Me recibió con un abrazo que se prolongó más de lo necesario.

(Mi padre siempre ha sido un hombre de pocas palabras y aquella fue su forma muda de manifestarme sus sentimientos)

– ¿Cómo estás, hijo? – me preguntó.

– Bien, papá – le contesté.

– Si necesitas... – titubeó entonces – Bueno, ya sabes: hablar... lo que sea... Sabes que me tienes aquí, ¿verdad?

– Sí, papá. Lo sé. Pero no hace falta, gracias. Estoy bien, en serio.

– Me alegro... – y me palmeó el hombro, sonriendo con tristeza – Me alegro.

(Agradecí su parquedad: hay veces en las que es imposible aspirar a compartir el dolor de los demás y es mejor no intentarlo, siquiera. Él lo sabe bien, después de todo: no hace ni seis años que perdió – perdimos – a mi madre)

Le pregunté por aquellos carretes con escasas esperanzas: dudaba mucho que conservase

ninguno y empezaba a convencerme, muy a mi pesar, de que iba a tener que resignarme a utilizar cualquiera de los que almacenaba en la tienda.

– Déjame que eche un vistazo – dijo, sin embargo, para mi sorpresa – pero creo que sí... Si no recuerdo mal, nunca llegué a utilizarlos todos. No iba a hacerlo en el estudio, claro, y no se me presentó ninguna otra oportunidad que valiese la pena. Lo que no sé seguro es cuántos quedarán...

Subimos juntos al trastero, donde guardaba sus aperos de faena en sendas estanterías abarrotadas. Extrajo una caja de cartón, cubierta por una espesa pátina de polvo, de una de las baldas. Con la manga, retiró la película grisácea que la recubría y rompió, ayudándose de una llave, el precinto con el que la había sellado, a saber cuántos años antes. Dentro, había una bolsa isotérmica de plástico que contenía cinco botecitos de aluminio amarillo, idénticos al que viese en aquella cueva, media vida atrás. Y adheridas con celo a los botes, otras tantas tiras de papel manuscrito daban cuenta de su contenido: cinco ejemplares de la serie 2475, de veinticuatro fotos cada uno. Mi padre los sacudió con sumo cuidado, alzando desde su interior un sutil repiqueteo que nos confirmó que, en efecto, estaban todos llenos.

– No sé en qué estado se encontrarán – dijo – pero esto es cuanto me queda.

Cinco carretes. Ciento veinte fotografías.

Pasé el resto de la mañana con mi padre, sentados en las butacas del salón de la que había sido mi casa, atento a los múltiples consejos que tuvo a bien darme. Aunque hacía muchos años que no lo practicaba, no había perdido ni ápice de los conocimientos adquiridos tras décadas de dedicación al oficio. Mientras me desgranaba sus trucos, mientras buceaba entre los legajos de documentación, notas y observaciones que se trajese de la tienda al cedérmela, me dio la impresión que volvía a sus pupilas un brillo que yo había dado ya por perdido: su rostro se iluminó y sus inflexiones cansinas se llenaron de vigor. Por un momento, volvió a ser aquel individuo vivaz que recordaba de mi infancia y no la lánguida alma en pena en que le había convertido la muerte de mi madre.

Regresé enardecido y ansioso. Mientras caminaba de vuelta, había tomado la decisión de que iba a pasar la tarde trasteando con uno de aquellos carretes, permitiéndome veinticuatro concienzudas pruebas para poner en práctica las enseñanzas de mi padre. Las noventa y seis restantes deberían bastar para obtener el material para la exposición, siempre que consiguiese, eso sí, dominar la ardua técnica que aquella indómita película requería.

Ni siquiera salí del barrio para hacerlas: mi nuevo proyecto iba a versar sobre lo que había dado en llamar “*naturalezas muertas urbanas*” – con la habitual rimbombancia de un texto para folletos explicativos – y tal tipo de paraje abundaba en aquel entorno, tristemente degradado por décadas de especulación inmobiliaria y planes urbanísticos injustos, quebrados todos por el estallido de la furibunda crisis económica que nos asolaba. Trípode al hombro, recorrí sus calles con ojos nuevos – como si fuese la primera vez que lo hacía –, buscando los enclaves que mejor reflejaban las sensaciones que quería transmitir con la serie: decadencia, abandono, olvido, pérdida.

(Yo mismo, ¿verdad?, cosificado en fotografías de parques, plazas y edificios)

Mientras las hacía, me saludaron varios vecinos: a algunos los recordaba vagamente; otros, en cambio, no me sonaban de nada. La expresión de sus rostros, entre confundida y aliviada, me dio a entender claramente que habían llegado a darme por desaparecido, sino por muerto. Para mi sorpresa, aquel inesperado contacto humano – al que había renunciado durante tanto tiempo por propia voluntad – me vivificó.

Terminé el carrete y volví al estudio. Una vez en el cuarto oscuro, saqué del bolsillo el trocito de papel en el que había anotado las especificaciones de mi padre, ajusté convenientemente la máquina y, una tras otra, revelé las veinticuatro fotografías. Estuve enfrascado en ello hasta altas horas de la madrugada, encerrado en esa estancia de cuatro por tres, bañado en aquella irreal luz rojiza. Jugué como un científico loco con unos productos químicos cuyo aroma, lejos de marearme, me embriagaba ahora. Lo echaba de menos, sí; no me había dado cuenta de hasta qué punto: la precisión milimétrica de la mezcla y el decantado, el mimo en el manejo del material fotosensible,

la perfecta simbiosis hombre-máquina del proceso de revelado... Volví a sentir – exultante – el vértigo de la incertidumbre al aguardar pacientemente a que las imágenes tomaran forma en el papel, tan fascinado por aquel singular fenómeno como lo estuviese de niño.

Las pincé a los rieles del colgador extensible que pendía sobre uno de los bancos de trabajo, una vez positivadas, y me detuve a contemplar el resultado mientras terminaban de secarse. El grueso grano de la 2475 era precioso: punteaba en negro los blancos, creando una sutil ilusión de gris desvaído; y en blanco aquéllos, proyectando una especie de aura en torno a los objetos. Dotaba a las imágenes de una cualidad fantasmagórica, aquella película; difuminada y lánguida: el sauce que hay en la plaza de la parroquia de Santa Eduvigis – con su tronco centenario, retorcido y macilento –, el decrepito parque infantil al final de la rambla – desierto de puro peligroso –, la antigua sede del ayuntamiento – pálido vestigio de cuando el barrio fue un pueblo, antes de ser fagocitado por la capital –, los viejos palacetes señoriales... Las inclementes huellas del tiempo, en definitiva, visibles en todas y cada una de ellas, en un blanco y negro sobrecogedor.

(Me reconocí en esas imágenes, por supuesto: de eso trataba la serie, después de todo)

Sólo tres o cuatro habían sido un desastre: una desafortunada combinación de tiempo de exposición y diafragma en una película tan sensible que era necesario ser particularmente fino con tales parámetros. Las demás, bien al contrario, conseguían con rotundidad los efectos que buscaba.

Ufano, revisé el resto del material hasta llegar a la última de las fotografías, que transformó mi satisfacción en pura perplejidad: en ella aparecía retratado un vetusto edificio de principios del siglo pasado, uno de los pocos que siguen en pie en el linde de la zona de huertas, al noroeste del barrio. Estaba en un estado lamentable, clausurado y con la mayoría de las ventanas atrancadas con listones de madera claveteados. Pero a través de una de las que quedaban libres, se observaba algo que parecía mirar directamente a la cámara desde dentro del edificio: era una figura difusa – desenfocada y casi traslúcida –, que recordaba vagamente la silueta encorvada de un anciano.

Atónito, hice memoria y traté de recrear en mi mente el momento exacto en que había hecho aquella fotografía: que yo recordase, no había nadie presente entonces. Más aún, dudaba que fuese

posible siquiera transitar por el interior de aquel edificio ruinoso, que debía llevar cerrado más de cuatro décadas. ¿Cómo era posible, pues, que se hubiese colado aquel intruso?

“Cierto es”, colegí acto seguido, tratando de explicar racionalmente aquella insólita aparición, “que los tiempos de exposición que he utilizado han sido altos... Veintiún segundos, en la mayoría de los casos... Si por una de aquéllas se trataba de un vagabundo que se refugia allí, bien pudiera ser que se haya asomado un momento, me haya visto y haya vuelto a esconderse en el interior, por miedo a que le denunciase si reparaba en él. La cámara lo habría captado en ese fugaz instante y reflejado en la película con esa especie de cualidad inmaterial”.

Eso debía de haber pasado, sí... Era lo más lógico.

Y volví a recordar las palabras que me dijese mi padre, antes de mostrarme unos murciélagos que ni tan siquiera podía imaginar que estuviesen ahí:

... Cosas que tus ojos se negaban a mostrarte...

Volví a soñar con aquella noche, cuando me acosté por fin: con la presentación de *“Reflejos II”* en la Galería van Dijk; contigo, vestida con ese *Carolina Herrera* rojo que te quedaba tan bien, pero que te ponías tan poco; con Carlos Montoya y la copa de cava que compartimos en el *foyer*, segundos antes de que se marchase sin despedirse más que de mí... Con lo que pasó después.

(Es el único sueño que recuerdo: ninguno de los otros – si es que los tengo – permanece en mi memoria al despertar. Sólo éste lo consigue – implacable, acusador – y me temo que, hasta que consiga dar respuesta a esa cuestión que me está devorando el alma, va a seguir haciéndolo muy a mi pesar. Y puede que tenga que ser así porque, en realidad, no se trata de ningún sueño)

– Está lleno hasta los topes – me sonreíste entonces – Ha sido todo un éxito.

– ¿Verdad que sí? – te dije asombrado – Tenía muchas dudas al respecto de esta exposición, bien lo sabes, pero empiezo a pensar que ha sido un acierto acceder a montarla.

Y me alisaste las solapas de la chaqueta, tiñendo de picardía tu sonrisa.

– Oye – me dijiste – había pensado que, para celebrarlo, tú y yo podríamos después...

Pero apareció Magda – la dueña de la galería; con su sempiterna sonrisa, su traje de *Chanel* y un *daiquiri* de fresas en la mano – y te dejó a mitad de frase.

– Menuda novecita, ¿eh, querido? – me dijo al llegar, guiñándome un ojo – Ha venido todo el mundo, al final. Hasta el crítico de “*Arte Vivo*”, que siempre gusta tanto de hacerse de rogar... He de reconocer que has superado con mucho mis expectativas. Y no eran pocas, precisamente.

– Ha sido gracias a ti, Madga... – le respondí y me dispuse a presentarte formalmente, pero ella hizo caso omiso a mi gesto y volvió a hablar de nuevo.

– Deberías darte una vuelta conmigo, Santiago. Intimar... ya me entiendes. Hay mucha gente deseando conocer al artista. Gente que no suele mirar demasiado el coste de los caprichos que se permite... Yo ya he hecho cuanto está en mi mano: ahora, eres tú el que debe rematar la venta.

– Claro, sí... – balbucí y te miré.

Estabas seria ya por entonces, pero no reparé en ello, arrastrado por el éxtasis del momento.

– ¿Me disculpas, cariño? – te sonreí.

Y me marché con un beso en la mejilla, dejándote sola.

Magda me llevó hasta el grupo que lideraba Jaime Lapesa, el esquivo periodista de “*Arte Vivo*” que acababa de mencionar. Estaba departiendo con cinco empresarios de mediana edad cuando llegamos, advenedizos del arte ahítos por dejarse una buena suma en el mero hecho de aparentar. Lapesa me recibió con una sonrisa y me tomó efusivamente por los hombros.

– Y aquí tenemos al responsable de esta pequeña maravilla... – anunció a los presentes – Les estaba diciendo, Santiago, que me parece un serie muy sólida, viniendo de alguien tan joven como tú. Tu pulso es firme: seguro, pero delicado al tiempo. Sabes muy bien lo que quieres expresar y consigues transmitirlo de un modo certero y armonioso.

– Vaya, don Jaime... – le dije, forzando el azoro y el trato reverencial de la forma que me había aconsejado Magda – Me halaga usted. Soy un auténtico devoto de sus reseñas y tenía mucho interés en conocer su opinión.

– Pues no dudes que te incluiré en ellas. De hecho, estaba asegurándoles a estos caballeros que no se me ocurre mejor inversión de futuro que adquirir una de tus fotografías – y se volvió hacia ellos, sentando cátedra una vez más – Este muchacho es un valor en alza, amigos; hagan caso de lo que les estoy diciendo.

Uno tras otro, aquellos analfabetos funcionales se lanzaron a darme su opinión particular y a avasallarme con preguntas sobre mi obra, buscando la razón última que justificase la suma que iban, inevitablemente, a desembolsar: jamás se hubiesen atrevido a contradecir a alguien de la talla de Lapesa, pero sentían la necesidad de demostrar – y a fe mía que consiguieron justo el efecto contrario – que eran gente refinada y de gusto exquisito, con envidiables colecciones de arte de las que, por descontado, no todo el mundo era digno de formar parte. No sé cuánto duró aquella farsa, hasta que se decidieron a abrir para Magda unas carteras que les ardían en los bolsillos desde que Lapesa empezase con su soliloquio, pero supongo que mucho. Sólo sé que, cuando me volví a mirarte, tú ya no estabas allí.

Estuviste viéndome desde la distancia durante un buen rato, apurando un *gintonic* que te supo a frustración (soy consciente de ello, porque tú misma me lo contaste después). Pasó una más que generosa hora antes de que te decidieses a salir, dispuesta a paliar con nicotina el amargo regusto que te estaba dejando la velada.

El *valet* que atendía la puerta se permitió una galantería al verte salir.

– ¿Se marcha ya, señorita? – te sonrió al abrirla para ti.

– Sí – respondiste – He visto más que suficiente.

– ¿Es que no le ha gustado la exposición, acaso? – insistió – Es de un artista muy bueno.

Y le miraste directamente a los ojos para afirmar:

– Del mejor.

Más tarde, tras reencontrarnos fuera y coger el coche para regresar a casa, reparé finalmente en el dolido mohín que empañaba tu rostro. No supe interpretarlo – ¿aburrimiento, quizás; hastío? – y opté por preguntarte directamente a qué se debía.

– ¿Para qué querías que viniese? – me respondiste.

Me cogió a pie cambiado aquella réplica, lo reconozco.

– ¿C-cómo...? – titubeé – Para que estuvieses a mi lado, ¿por qué si no? Para que compartieses este momento conmigo, como hemos hecho siempre. N-no termino de entender tu pregunta, Claudia.

– Ah, pero ¿es que has llegado a darte cuenta de mi presencia, siquiera?

– Claudia, cariño... De verdad que no te sigo. ¿Por qué te pones así?

– Me he tirado sola más de una hora, Santi; ignorada, olvidada. Completamente sola. He tenido que salir porque estaba empezando a sentirme como si fuese un florero... Y en ningún momento me ha parecido que quisieses compartir nada conmigo – y desviaste la mirada hacia la noche, a través de la ventanilla.

Guardé silencio unos instantes.

(Me sentía miserable, entonces, pusilánime; esfumado por completo el estado de euforia en que me había sumido el notable balance de la exposición. Siete ventas habíamos conseguido, y la promesa de una crítica laudatoria en uno de los medios más influyentes del país. Pero todo aquello carecía de importancia si el precio por conseguirlo era el que me estaba viendo obligado a pagar)

– Claudia, yo... – musité – L-lo siento. He sido muy egoísta... Estaba tan entusiasmado con todos esos halagos, que no he caído en la cuenta de tu incomodidad. Perdóname...

Y te giraste hacia mí, con ojos tristes y avergonzados a un tiempo.

– No – dijiste, bajando la mirada y negando con la cabeza – Perdóname tú... Yo soy la egoísta, Santi: ésta es tu noche y me alegro muchísimo de que haya ido tan bien, de verdad... pero no he podido evitarlo. He creído que te perdía, ahí adentro. Por un momento, te he sentido tan lejano, tan inaccesible... – y volviste a mirar hacia el exterior – No me gusta esa sensación, Santi. Me ha dado miedo... No quiero volver a experimentarla.

Mirándote aún, no pude evitar que se dibujase en mis labios una sonrisa: me seguía sintiendo responsable por aquel involuntario desaire; pero suspiré, conmovido y aliviado a la vez, al

descubrir los verdaderos motivos de tu enfado.

“*Siempre estaré contigo*”, pensé, “*Siempre te querré. SIEMPRE*”.

Y me dispuse a decírtelo...

– Claudia... – empecé.

... pero, entonces, chocamos contra aquella furgoneta.

En mi pesadilla (porque en eso se convierte el sueño cuando llega este momento), revivo el accidente a cámara lenta, en fugaces *flashes* inconexos, como si de una cruel película se tratase:

... el parabrisas delantero estalla, bañándonos en una lacerante lluvia de cristales, y el coche sale despedido hacia la derecha, girando sobre sí mismo sin control...

... anclado en mi asiento, te veo sacudirte en el tuyo hasta que tu cabeza impacta contra el salpicadero, con un golpe seco...

... el vehículo se levanta por el costado izquierdo y acaba volcándose sobre el arcén...

... cabeza abajo, me vuelvo hacia ti, mientras rodamos por la ladera hacia el bosquecillo que flanquea el asfalto... pero tú ya no estás...

... cuando el coche impacta contra los árboles, yo sólo puedo mirar la hebilla de tu cinturón de seguridad, bailoteando burlona a un lado de la portezuela, en el extremo de su carrete inercial...

No me di cuenta de que no lo llevabas puesto, cuando salimos de la galería.

(Culpable)

Tampoco prestaba atención mientras conducía, demasiado pendiente de ti y de tu enfado para atender a nada más.

(Culpable, sí)

Y por supuesto, nunca llegué a ver siquiera la furgoneta que te arrancó de mi lado.

(Culpable, culpable, *CULPABLE*)

Así me siento, Claudia, desde aquella noche que sé que nunca conseguiré olvidar. Por mucho que me digan, por más que traten de exonerarme con descargos y alusiones a la impiedad de la divina providencia, sigo considerándome el único responsable de que ya no estés aquí. Y por eso

mismo, en el fondo, asumo como mi merecida condena la obligación de revivir aquel momento cuando cierro los ojos... una y otra vez... mientras me dure un aliento que debería salir de tus labios y no de los míos... mientras conserve una vida que dejó hace un año de ser tal.

Arranqué con la serie dos días después de realizar las pruebas. Salí de casa temprano, recogí el equipo en la tienda y tomé un autobús que me condujo con parsimonia por las calles de la ciudad, oteando a través de la ventanilla en pos de los enclaves que iban a convertirse en protagonistas involuntarios de mi exposición.

Empecé por el paseo marítimo, donde convive la aparatosa arquitectura posmoderna de los hoteles de cinco estrellas y los lujosos restaurantes de la marina, con los ruinosos despojos de las humildes casonas de pescadores de finales del diecinueve. Algunas siguen ocupadas, inasequibles sus moradores al paso del tiempo y a la presiones de la Administración; pero otras, bien al contrario, llevan décadas vacías, meros vestigios de un modo de vida que ha ido languideciendo hasta desvanecerse.

Accedí a una de ellas a través de la verja de alambre que la cercaba y en la que alguien – quizás un toxicómano a la busca de un discreto refugio donde entregarse al olvido – había practicado un agujero por el que me pude deslizar. Tenía dos pisos, la casona, y un ático abuhardillado en el que se recortaba un ventanuco en forma de ojo de buey. La pátina celeste de la fachada estaba descascarillada, dejando entrever por debajo las viejas briquetas rojizas. Una lengua de césped muerto rodeaba al edificio: apenas quedaba de él cuatro o cinco matorros de hierba amarillenta, aquí y allá, aferrados a la tierra reseca como si se obstinasen – ilusoriamente – en pervivir. En un rincón, un agonizante limonero acariciaba con sus ramas la fachada, como suplicando un auxilio del que poco provecho iba a poder obtener. La puerta principal estaba entreabierta: más allá de ella, decrepitud y podredumbre silueteadas por los haces de luz que se filtraban a través de las ventanas sin cristales.

Era un sitio perfecto, aquél, y armé el trípode a los pies de los tres peldaños de la desvencijada escalera que daba acceso al edificio. Mientras lo hacía, prorrumpió a mi espalda un coro de risas infantiles que me hizo volver la cabeza hacia allí: al otro lado del paseo, un autobús escolar descargaba en la acera a varias docenas de niños, a quienes dos profesores condujeron con diligencia hasta la playa. Sonreí conmovido por aquella inusitada paradoja: la gozosa algarada de la nueva vida, desplegándose, impasible, ante la decadencia muda de la vieja... Dotó de un aire irreal a aquella instantánea, tal afortunada sincronía. Cada vez que la miro vuelven a mis oídos, inevitablemente, los ecos remotos de aquel jovial carcajeo.

Hice tres fotos de la casona: dos fuera y una última en el interior. Luego, recogí mis bártulos y paseé calle arriba hasta el punto en el que se alineaban, detrás de la caserna de la Guardia Civil, los antiguos palacetes de veraneo de la burguesía industrial que seguían aún en pie. Sus actuales propietarios, que distaban de poseer los recursos de quienes los construyeron, se habían esforzado en que conservasen parte del esplendor de antaño, aunque con resultados desiguales: en algunos casos lo habían conseguido, sí; pero, en otros, lo que aquellos destartados chalés transmitían era una desoladora sensación de *quiero-y-no-puedo*. Una hilera de chopos se alzaba en los alcorques que punteaban la acera, proyectando sus sombras sobre aquéllos. Encuadré aquella estampa forzando la diagonal que describían los árboles – haciéndolos perderse, en profundidad de campo y gradualmente desenfocados, hasta desaparecer – y me marché de allí.

Me tiré toda la mañana así, de un lado a otro de la ciudad; retratando las huellas del abandono en los barrios más degradados pero, también, a los pies de los imponentes edificios de las zonas de reciente construcción. Me permití hacer las últimas por los alrededores de la tienda, antes de plegar velas y dar por concluida la jornada: había consumido dos de los cuatro carretes de que disponía, en total; cuarenta y ocho fotografías de las que confiaba obtener, al menos, la mitad del material que iba a conformar la serie.

El revelado de todo aquello me trajo nuevas sorpresas. En cinco de las imágenes, volvían a colarse presencias furtivas de cuya existencia, una vez más, no me había percatado en el momento

de hacerlas. Las desplegué sobre uno de los bancos del cuarto oscuro, unas al lado de las otras, y las escruté estupefacto: como en la anterior, se trataba de figuras desvaídas y difusas; a veces, dentro de los edificios; otras, a pie de calle. Y todas miraban, directamente, al objetivo de mi cámara.

Una mujer de unos cincuenta años, con un abrigo largo y oscuro y gesto severo, asiendo con la zurda la reja oxidada de un decrepito chalé; dos niños pequeños cogidos de la mano, sonriendo ante los restos semiderruidos de una casucha del norte de la ciudad; una anciana asomada a la ventana de uno de los edificios abandonados del paseo marítimo, mirándome con expresión triste; un individuo de cuarenta y muchos, serio, detrás del tronco de un roble en una plaza del casco antiguo, ante un bloque de viviendas sociales clausurado que apenas se mantenía en pie. Gente que no debería estar y que, sin embargo, allí aparecía.

Me llamó la atención, especialmente, la última de todas: se trataba de una de las que había hecho cerca de la tienda, delante de las viejas casonas modernistas que hay un par de manzanas más arriba. De todos los edificios que retraté aquel día, ése era el único que tenía la certeza de que estaba habitado: de los balcones del primer piso pendía, de hecho, ropa secándose al sol. En la foto, a las puertas del inmueble, aparecía una muchacha de en torno a dieciséis años, de aspecto frágil y asustadizo, vestida con grisura y que sonreía a la cámara tímidamente. Cuando reparé en ella, me embargó una angustiada inquietud: podía intuir reconocimiento en aquellos ojos traslúcidos, como si la chica supiese muy bien a quién brindaba esa sonrisa... Y un escalofrío me recorrió la espina dorsal cuando me sobrevino la sensación de que yo también había visto antes ese rostro.

Sobrecogido, me obligué a bucear en mi memoria, pero no conseguí confirmar que tal fuese el caso. Y en esta ocasión, las mismas razones que sirvieron días atrás – cuando apareciese aquel anciano en las pruebas – para convencerme de que se había tratado de pura casualidad, no consiguieron en absoluto los mismos efectos. Se me antojaron, bien al contrario, desasosegantemente peregrinas.

Opté por no darle mayor importancia al asunto, la verdad, y me conformé con considerarlas un simple descuido: la prueba de que mi capacidad de concentración distaba de ser la óptima, pese a los buenos resultados que estaba obteniendo con las fotos. Divagaba, era evidente; me perdía en mis propias reflexiones y dejaba de prestar atención durante aquellos veintiún segundos en los que todo parecía depender de la máquina. Colgué en el estudio, de hecho, aquellas seis fotografías: a un lado del mostrador, como mudos testimonios de mi propia impericia. “*Ponte las pilas*”, buscaba decirme con ello, “*recupera el ímpetu y céntrate en lo que estás haciendo, porque mira lo que pasa cuando dejas de hacerlo*”. Pura mortificación con la que azuzarme a perseverar cada vez que las mirase: en eso se convirtieron.

Fermín fue de los primeros en verlas, tres días después de que las expusiese. La mañana anterior, había estado de nuevo trabajando en la serie y apenas quedaba ya, en el tercero de los carretes, un par de fotografías por impresionar. La cámara descansaba sobre el mostrador cuando Fermín entró al estudio esa tarde y no me paré a pensar qué estaba haciendo al sucumbir al impulso de reproducir una vieja broma que ambos nos traíamos entre manos: en cuanto me di cuenta de que se trataba de él, tomé la *Nikon* y disparé una descuidada foto, que le cogió – como siempre – por sorpresa.

– Acabo de robarte el alma, Fermín – le dije – Otra vez.

– Qué mamonazo... – sonrió – Ni me acordaba de esa puñetera coña tuya.

– Eres muy confiado, chaval. Así te va en la vida... – le devolví la sonrisa – Ya sabes lo que hay: si quieres recuperarla, tendrás que soltar veinte pavos cuando la tenga revelada.

– Puto estafador... – bromeó – ¿Cuánta pasta me habrás levantado ya con esta tontería?

– Demasiada, me temo. Pero no es de mí de quien habla mal que haya sido así.

– Idiota...

Y ambos reímos.

– Pagarás tú las birras, entonces, antes del partido – advirtió.

– Con mucho gusto – dije – Cierro por ahí adentro y estoy contigo en dos minutos.

Y desaparecí en la trastienda. Fermín había conseguido entradas para la semifinal de la Copa del Rey y se había empeñado en que le acompañase. No me apetecía nada ir, la verdad sea dicha, pero entendía perfectamente por qué lo hacía y me supo mal negarme a complacerle: me vendría bien, después de todo, evadirme por un par de horas con un placer tan sencillo y primitivo como el fútbol.

(Recuperar la normalidad, sí... Como si fuese tan fácil)

Cuando regresé, estaba contemplando las fotografías, admirado.

– ¿Qué es esto? – preguntó – ¿Tu nueva serie?

– No – le dije mientras apagaba las luces – Unas pruebas, nada más.

– Pues son alucinantes, tú. Tienen un toque inquietante. Son... – y se tomó su tiempo hasta dar con la palabra adecuada – *extrañas*. Me gustan.

– Extrañas... – repetí, mientras salíamos fuera y cerraba con llave – Buena forma de definir las.

Y bajé la persiana del local.

No pude hacer mucho más durante la siguiente semana. Había corrido la voz por el barrio de que el estudio de fotografía estaba de nuevo en funcionamiento y me llovieron solicitudes y encargos de todo tipo. Hasta el párroco de Santa Eduvigis vino, ansioso por confirmar que tenía la intención de seguir ocupándome de la cobertura de las comuniones. Accedí, sí, y acordé con él una cita para fijar el calendario adecuado para los retratos individuales.

Me abrumó la respuesta de mis convecinos, no me avergüenza reconocerlo. “*Me alegro tanto de que hayas vuelto*” dijeron, y también “*Te echábamos de menos*” y “*Estábamos preocupados por tí*”. Volvieron a confiarme – como habían hecho siempre, como hicieron con mi padre antes que conmigo – sus fotos familiares, sus recuerdos e ilusiones; y también sus esperanzadas intenciones de acariciar el arte en un pedacito de papel satinado, de 13x19. Agradecí su

calor, por supuesto, el aprecio y simpatía que me manifestaron.

(Gisèle Freund otra vez... Y tú, Claudia. Tú)

Y entonces, el viernes, tuvo lugar la conversación que abocó mi existencia al sinsentido que es ahora mismo. Me sonó vagamente, aquel hombre, cuando se presentó en la tienda a entregarme un carrito que quería que le revelase. Debía rondar los sesenta y pico y caminaba arrastrando los pies, ayudándose de un bastón. Me saludó con familiaridad, con su verbo pausado y de marcado acento. Me acordé de él cuando me dijo su nombre: era uno de los viejos clientes que había heredado de mi padre.

Un mes más tarde, volvió a presentarse en la tienda con su bastón, vestido ahora con una camisa de manga corta y unos náuticos de rejilla que debían de tener la misma edad que él. Pese a que tenía sobrados motivos para estar molesto conmigo, el hombre se acercó al mostrador con una sonrisa en los labios.

– Don Emilio... – le saludé y busqué en un cesto a mi espalda el sobre que contenía su pedido, que le tendí a continuación – Disculpe la tardanza, por favor. He tenido unas semanas horribles, con todo lo de la reapertura, y se me han acumulado los revelados. Le haré una rebajita, ¿sí?, como compensación...

– Muy amable por tu parte, Santiago, pero no hace falta que te molestes. ¿Qué prisa podía haber, a fin de cuentas? Son cosas de mi hija. Nada importante, seguro.

– Insisto, aún así. Qué menos, con todo el tiempo que lleva confiando en nosotros.

– Gracias, pues – y volvió a sonreír – Quería otra cosa, eso sí.

– Usted dirá...

– ¿Seguís haciendo fotos de carnet? Tengo que renovar la tarjeta del bus, ¿sabes?, y la última vez que lo hice ya me advirtieron de que debía traer una nueva. Que ya me dirás tú a qué santo... Ni que haya cambiado tanto, desde los cincuenta y ocho...

– Claro que sí, don Emilio... – sonreí y le indiqué con un gesto que me acompañase a la trastienda – Si pasa conmigo, se las hago en un segundo.

El anciano se dispuso a bordear el mostrador, pero sonó el teléfono y me vi obligado a esbozarle un gesto de disculpa.

– Vaya... – le dije – Si me perdona un segundo, enseguida estoy con usted.

– Ve, por favor... Ve.

Descolgué el auricular, que pendía de la pared en el interior de la trastienda, justo al lado del marco de la puerta que se abría tras el mostrador. Desde el otro lado del hilo, me llegó la voz de Carlos Montoya.

– Hombre, Carlos... ¿Qué tal estás? – le respondí – Bien, muy bien. Todo marcha a la perfección. Tengo muchas ganas de que veas los contactos... No, prefiero no adelantarte nada. Quiero ver tu primera impresión. Sí, yo también empiezo a tener grandes expectativas...

Y me asomé por el vano de la puerta: don Emilio mataba la espera contemplando, de espaldas a mí, las seis fotos que pendían de la pared.

– ¿Lo dices en serio...? – contesté sorprendido a la réplica de Carlos – ¿Joaquín Fabregat en persona estará allí...? Vaya, eso va a ser todo un plus de publicidad... ¿Has avisado a Lapesa? Le encantó la anterior, aunque los dos tengamos una opinión muy distinta al respecto, y sabes de sobras que mueve montañas... Pues cítalos a horas diferentes y no les digas que el otro acudirá, ¿qué más da? Para cuando se den cuenta del ardid, ya habremos conseguido la promoción que buscábamos... Sí, vale... Tú sabes mejor que yo lo que hay que hacer. Lo dejo en tus manos... El jueves me va bien, sí. Nos vemos entonces... Un abrazo, Carlos.

Colgué y volví a la tienda, pero me quedé de piedra con lo que me esperaba allí: don Emilio estaba de pie ante la última de las fotos, apretando con puño trémulo la empuñadura de su bastón, paralizado. Cuando di un par de pasos hacia él, pude comprobar que una lágrima le resbala por la mejilla, juraría que sin que diese cuenta siquiera. Tenía los ojos anegados en ellas, fijos en la figura traslúcida de la muchacha de dieciséis años que sonreía a cámara con timidez.

Me acerqué aún más a él, en silencio. Sin dejar de mirar a la chica, alzó hacia la fotografía el índice de la otra mano y habló con un hilo de voz.

– ¿C-cuándo hiciste... esta foto?

– Hace un par de semanas.

– Eso... eso es i-imposible...

Don Emilio acarició el cristal que recubría la instantánea. Su mirada denotaba una tristeza infinita a la que yo no conseguía dar explicación.

– Don Emilio... – dije – ¿Se encuentra usted bien?

Y se volvió hacia mí.

– Imposible... – repitió – Esta chica... Esta chica es... mi nieta.

Y miró de nuevo la fotografía, que no había dejado ni un segundo de acariciar.

– Murió hace cinco años... – musitó – M-mi nieta murió hace cinco años...

Sigo sin reponerme del impacto que me provocó aquella afirmación. Era una locura, simple y llanamente: el anciano deliraba – abrumado por una pérdida tan repentina e injusta que no cabía explicación posible – y se había llevado a engaño al ver la fotografía. ¿Qué otra cosa podía ser...? Entiendo perfectamente los efectos que provoca tal grado de desolación: llevo el tiempo suficiente inmerso en ellos para saber que alteran tu percepción, que te nublan el juicio, que hacen que las palabras se vuelvan imprecisas, insuficientes; incapaces de definir con certería la angustia de unos sentimientos que te superan, que te anulan...

... pero también sé que hay algo que jamás sucumbe a ese funesto hechizo: los ojos. Ellos no saben mentir; por más que lo intentes, por mucho que trates de controlarlos o de condicionarlos, por muy confundido que estés... Tus ojos siempre dirán la verdad. Siempre. Y los de aquel anciano clamaban – un grito mudo que hizo que se me encogiese el corazón – que creían cada palabra que acababa de pronunciar. Cada maldita palabra.

Cuando don Emilio se marchó – inconsolable y roto, asiendo con mano crispada el sobre con las fotos que había revelado para él –, entré en la trastienda y rebusqué en las carpetas en las que guardo los contactos de todas las fotos que he hecho en mi carrera. Había podido constatar que, efectivamente, aquella casona modernista que aparecía en la imagen era su casa – reconoció,

incluso, uno de sus pantalones de lino, entre la ropa que pendía del tendedero –; pero algo en mi interior seguía empeñándose en negar la evidencia.

Necesitaba más pruebas. Necesitaba confirmar la identidad de aquella muchacha apocada.

Calculé su edad ampliando la horquilla de mi primera presunción – de catorce a dieciocho años, le eché ahora, más los cinco que su abuelo aseguraba que llevaba muerta – y rescaté del archivo mis trabajos para la parroquia que correspondían con el periodo en que la chica habría tenido edad de tomar la primera comunión.

“*Tratándose de una familia del barrio*”, especulé, “*debería aparecer en alguno de ellos*”.

No me equivoqué por mucho: tenía diecisiete años cuando falleció. Teresa Balsera, se llamaba. Con nueve añitos, ya mostraba las mismas maneras tímidas y retraídas que de adolescente, mirando a la cámara como si le avergonzase ser el centro de atención, con las palmas de las manos unidas ante el pecho y el mentón inclinado hacia abajo, como era de rigor en un retrato de esas características. Luego me enteré que aquélla era la casa en la que había crecido, después de ser abandonada por su padre a los seis y de que su madre se viese obligada a coger un trabajo en otra ciudad para mantenerla. Fueron sus abuelos quienes la criaron; su madre, apenas una visita de fin de semana con la que nunca terminó de conectar. Aplicada, aunque de expediente académico mediocre, soñaba con estudiar filología cuando terminase el bachiller. No tuvo ningún novio, que se supiese, y tampoco fue pródiga en salidas en esa época en que se descubren con alborozo los encantos de la noche y el flirteo. Murió atropellada por un conductor borracho cuando volvía del cine, de ver una de esas comedias románticas que tanto le gustaban a sus amigas, pero a las que ella no terminaba de encontrar el sentido.

Teresa Balsera, sí, mirándome desde detrás del cristal.

(Por eso me sonrío, claro, en esa foto imposible: porque me conoce)

Teresa Balsera – que lleva cinco años muerta – saludándome ante su casa.

Por un instante, recorrí con ojos estupefactos el resto de aquellas *extrañas fotografías*, como las había definido Fermín. Crucé miradas con todas y cada una de las figuras difusas que aparecían

en ellas: el vagabundo, la señora cincuentona, los dos niños, la anciana, el hombre serio... ¿Y si todos eran como Teresa? ¿Y si eran sombras de un pasado remoto – fantasmas merodeando por los restos decadentes de lo que fueron sus hogares – rescatadas del olvido por la insólita sensibilidad de una película que era capaz de traspasar el propio velo de la realidad con su mirada; que arrancaba de ella *aspectos que ni siquiera podías sospechar que estaban allí*, como dijese mi padre años atrás?

El estupor de aquella conclusión – que me pareció la única plausible, por disparatada que sonase – sigue acompañándome desde entonces. Ahora, eso sí, ha dejado de parecerme un disparate.

(Ya no podría serlo, ¿verdad?, con lo que pasó después)

No. Ya no lo es en absoluto.

Tu padre me llamó el día siguiente a que sucediese todo aquello. Había retirado las fotos de la tienda, para entonces, y me las había subido a casa. Me parecía inapropiado seguir teniéndolas allí, ésa es la verdad, expuestas a los ojos de cualquiera para que las calificase meramente de “*extrañas*” – incluso aunque fuese en tono laudatorio –, cuando sabía de sobras que eran fuente de una inconcebible congoja, para otros.

(Pudor, eso es: me daba pudor jugar con esa clase de sentimiento)

Estaba contemplándolas, de hecho, cuando sonó el teléfono. Era él, ya digo, que llamaba para interesarse por mí y que me propuso que nos encontrásemos en una terraza de la Glorieta.

Junio refulgía en todo su esplendor, aquella mañana de sábado. Los árboles brillaban en miles de tonos verduscos a ambos lados de la mediana de tierra en la que se alzaba la cafetería. Había niños jugando a todo lo largo de aquélla, acallando con su jovialidad el sordo runrún del tráfico que nos rodeaba. Atentos en todo momento a ellos, grupitos de madres y padres disfrutaban del sol, departiendo aquí y allá en los bancos de piedra de la alameda, chistándoles o conminándoles con censura cuando se dejaban llevar en exceso por su vitalidad infantil. Aquella bulliciosa algarada me hizo sentirme abrumado e, incluso, un tanto compungido: llevaba demasiado tiempo

enclaustrado en mí mismo y en mis cuitas; obstinándome en mantenerme al margen de un mundo que, pese a todo, seguía abriéndose camino con gozo y determinación.

(La vida se imponía, sí, por mucho que me obcecara en seguir dándole la espalda)

Tu padre se levantó de la silla, cuando llegué, y me recibió con un abrazo. Le vi bien: había cogido hasta algo de color, desde la última vez que nos viésemos. Vestía una camisa azul claro y unos *Dockers'* arena, y una corbata oscura rematada por su tradicional medio *Windsor*. Con un gesto de la mano, me invitó a que nos sentásemos y llamó la atención, acto seguido, del camarero que atendía la terraza. Encargamos nuestras comandas y nos recreamos en la viveza del entorno, por un instante, antes de iniciar la conversación.

– ¿Cómo estás, muchacho? – me preguntó.

– Bien – le dije – Vamos tirando.

– Pues no tienes muy buen aspecto, Santiago, perdona que te sea tan franco... Se diría que has estado rehuendo el sol. Para algo que tenemos aquí que no nos cuesta dinero...

– Sí – sonreí – La verdad es que he estado más encerrado que otra cosa, pero ha sido por un buen motivo, Alberto. He estado trabajando. Preparo una nueva exposición.

– Vaya... Me alegro de oír eso, de verdad. ¿Para cuándo?

– Tres meses, a lo sumo.

– Nos avisarás, ¿no?

– Por supuesto que sí, claro.

El camarero llegó con nuestras cervezas, que recibimos con una sonrisa agradecida. Ambos dimos un trago antes de continuar.

– ¿Cómo está Helena? – me interesé por tu madre.

– Bien... Mucho mejor que yo, me atrevería a decir. No sé qué hubiera sido de mí de no ser por ella. Tiene una entereza, una capacidad para sobreponerse a las adversidades, que es sorprendente. Claudia era exactamente igual que ella. Dos gotas de agua...

– Sí...

Y di otro trago, tratando inútilmente de deshacer el nudo que me atenazaba la garganta.

– Todos la echamos mucho de menos, Santiago, pero no es de recibo que te sigas mortificando con ello.

– No puedo evitarlo, Alberto.

– Pues debes hacerlo. No fue culpa tuya. Punto. Ésa es la verdad, Santiago. No fue culpa tuya.

Sostuve su mirada durante unos segundos, tratando de discernir en ella si estaba siendo – como siempre me había temido – condescendiente conmigo. No era el caso en absoluto: sinceridad, eso denotaban aquellas pupilas cansadas. Necesité, no obstante, confirmar que era así.

– ¿De verdad que lo piensas...?

– Totalmente, hijo – me respondió, haciéndome sentir un alivio inmediato – Jamás, ni en una sola de las noches de angustia en las que nos hemos reconcomido con por qué las cosas resultaron así, te hemos hecho responsable de lo que pasó. Nunca. Si hay algo que hemos tenido siempre meridiano es que querías a nuestra hija con todo tu corazón... Que te hubieras cambiado, sin dudarlo, por ella.

– Ojalá pudiera creerte... – musité, bajando la cabeza.

– Hazlo, Santiago – afirmó con rotundidad – porque es así. Fue aquella furgoneta la que perdió el control y no tú. Fue ella quien invadió tu carril... El conductor se durmió, Santiago: es lo que concluyeron los peritos, lo que asegura el atestado de la policía.

– Sí, Alberto, pero... si hubiese estado más atento... tal hubiese podido...

– No, Santiago. Ni tú ni nadie habría podido hacer nada. La vida es así de cruel, a veces, y nadie está exento de padecer esa crueldad. Por mucho que nos duela... por más que deseásemos que Claudia estuviese aún aquí.

Y volvimos a mirarnos a los ojos.

– Su recuerdo es cuanto tenemos, me temo – y se le atragantaron las palabras – Me ha costado mucho asumirlo, no te digo que no... pero es insano que te niegues a hacerlo. No te tortures,

Santiago, que bastante has sufrido ya... Y ten por seguro que eso no es lo que ella querría.

Tenía razón, tu padre, por supuesto que sí: no es lo que tú querrías. Nunca he conocido a una persona tan vitalista como tú. Me hubieses arrastrado también allí, de hecho, esa misma mañana, si hubieses seguido conmigo: a celebrar la exaltación de la vida que se respiraba en aquella alameda, a bebértela con la misma pasión con la que hacías todo lo demás.

(Eso eras para mí, Claudia: el motor de mi existencia, el dulce *yang* que equilibraba ese sombrío *yin* que nunca dejé de ser, mi refugio en medio de la cruenta tempestad en que me había empeñado en convertir mi vida. Sacabas lo mejor de mí, tú...)

Aquellas palabras de tu padre me hicieron recordar un viejo episodio privado.

Llevábamos tres años de relación, por aquel entonces; seis meses de mutua convivencia. Acabábamos de hacer el amor, pausadamente, perdiéndonos en nuestros cuerpos como nos gustaba hacer; redescubriéndonos en cada roce, en cada caricia. Nos separamos resoplando, empapados en sudor y exhaustos, y nos quedamos tendidos en la cama (la misma sobre la que estoy sentado ahora), recuperando el resuello en silencio, con la mirada perdida en el techo.

Apenas una semana antes, tuvimos una discusión que se había repetido varias veces a lo largo del tiempo que llevábamos compartiendo. En ella, volviste a recriminarme mi eterno hermetismo, mi parquedad, mi manifiesta incapacidad para expresar mis sentimientos más íntimos.

– Lo siento – te dije entonces, en un tono de voz que daba a entender, en realidad, que no lo hacía en absoluto – pero siempre he sido así... Y me temo que soy ya demasiado mayor para cambiar.

Y tú preferiste dejar el asunto, aunque no te dices por satisfecha con tal explicación.

Entonces, una semana después, sumido como estaba en el dulce éxtasis de tu amor, decidí que había llegado el momento de estar a la altura: superaría mis absurdos celos a expresarme (a la desarmante sensación de fragilidad que me sigue provocando hacerlo) y te manifestaría con sinceridad las emociones que bullían, desbocadas, dentro de mí. Me incliné hacia ti y tú me miraste directamente a los ojos.

– Te quiero, cariño... – te susurré – Te quiero más de lo que nunca pensé que se pudiera querer a nadie. Eres lo más importante en mi vida... Lo único.

Y tú sonreíste, haciéndome sentir el hombre más afortunado sobre la Tierra.

– Yo también te quiero, Santi – dijiste y premiaste mi esfuerzo con un beso.

Enmudecí durante unos instantes, consciente de que aquella frase apenas alcanzaba a describir una milésima parte de lo que sentía por ti. Necesitaba que lo supieras, aquella noche, y pugué hasta encontrar las palabras que me permitiesen hacerme entender.

– Hablo en serio, Claudia – proseguí – No tienes ni idea de hasta qué punto. Te quiero tanto que, a veces... me asusta.

Y volviste a clavar tus ojos en mí.

– ¿Por qué? – dijiste.

– Porque no puedo dejar de preguntarme que sería de mí si llegara a perderte... – reconocí – Porque temo despertar un día y que tú no estés a mi lado – y me acariciaste la mejilla, conmovida – No podría soportarlo, Claudia... Te necesito demasiado.

Y bajé la mirada, incapaz de aguantar, ni un segundo más, el juicio de la tuya. Pero tú volviste a sonreír y, con toda la delicadeza del mundo, me hiciste mirarte otra vez.

– Pues es una suerte, entonces – me susurraste – que eso no vaya a pasar nunca.

Y acentuaste aún más la sonrisa.

– Siempre estaré a tu lado, Santi. Siempre. Mientras me sigas queriendo... Mientras me dejes estar... Toda la vida, mi amor: toda, contigo. Eso es lo único que quiero.

No volví a decírtelo muchas veces más, lo reconozco. Por eso me duele, especialmente, no haber tenido ocasión de hacerlo la noche del accidente.

(Iba a ello, maldita sea: estaba *a punto* de decirlo, cuando nos embistieron)

Un minuto más (un sólo minuto) y no te hubieses marchado dejándome con la desoladora sensación de haberte defraudado... con el atroz sentimiento de culpa que arrastro desde entonces. Y aunque aquella mañana de sábado en la alameda sirvió para comprender que contaba con el perdón

de tus padres, no palió ni un ápice el dolor que seguía desgarrándome las entrañas: me faltaba otro aún y no estaría tranquilo hasta que lo consiguiese.

(El tuyo, Claudia)

Tu perdón.

Fui a verte el domingo, aunque seguía negándome a reconocer que te ocultases tras aquellas letras doradas que invocaban tu nombre desde la lápida. Llevé conmigo una rosa amarilla y la deposité en la vasija que pendía de uno de los laterales de la placa de mármol. Acaricié las letras, una por una, intentando arrancar de ellas un mero atisbo de ti, pero me resultó imposible: tu piel nunca estuvo tan fría como aquellos fragmentos de hierro forjado.

– Te echo tanto de menos... – musité.

(Y era verdad: te necesitaba más que nunca, en aquel momento)

Me sentía desconcertado, abrumado por unos acontecimientos que me estaban sobrepasando. Empezaba a tener la angustiosa sensación de que todo escapaba a mi control: mi propia vida, incluso. Por más que me rebelase, sentía que, a cada minuto que pasaba, quedaba menos y menos de mí: me estaba diluyendo, engullido por el desquiciado *tsunami* en que se había convertido mi vida. Si hubiese creído de verdad que estabas allí, te hubiera preguntado si me estaba volviendo loco, acaso, porque ésa era la única explicación juiciosa que se me ocurría.

Pero no era así, Claudia...

(No podías estar allí, no... Ni por asomo)

... y salí del cementerio sumido aún en más dudas que cuando entré.

Me evadí de todo aquello de la única manera que era capaz de hacerlo sin ti: con trabajo. Tuve la agenda apretada, aquella semana: las comuniones de la parroquia de Santa Eduvigis se

aproximaban y sus hojas estaban llenas de citas vespertinas para los retratos individuales. Siete por tarde tenía, en horario ininterrumpido de tres y media a ocho; un ajetreo que agradecí porque me permitiría, al menos, alejar por unos días de mi mente aquel galimatías que no terminaba de comprender.

Pasé toda la mañana del lunes en el *set* de la trastienda, preparando el forillo que emplearía para las fotografías. Seleccioné – de entre los innumerables rollos de tela que se agolpaban en un rincón – un fondo difuso de nubes azuladas y lo colgué de un bastidor suspendido entre dos trípodes. Luego, extendí a sus pies una moqueta grisácea y coloqué sobre ella el pedestal de escayola blanca – que imitaba las formas de una columna dórica – en el que solía reclinar a los retratados. Para rematar, coloqué ante el telón aquel vetusto espejo abatible, enmarcado en madera labrada, que mi padre rescatase hace lustros de la antigua casa de los suyos. Contemplé complacido aquella estampa: hacía mucho tiempo que no me afanaba en trastear con todas aquellas piezas de *attrezzo* y volvió a embargarme la satisfacción del trabajo bien hecho. Era justo lo que necesitaba, en ese momento: un reconfortante bálsamo de cotidianidad.

Me acordé, entonces, que aún quedaba una foto por impresionar en la *Nikon* y salí a la tienda a buscarla. Seguía sobre el mostrador, donde la había dejado tras revivir con Fermín aquella broma que habíamos repetido tantas veces antes. Cogí la cámara, coloqué un trípode ligero ante el decorado y procedí a terminar el tercero de los carretes de la 2475, fotografiando aquel campo vacío. Sólo me quedaba uno para terminar la serie, pero sabía que tenía más que suficiente con eso: de los dos primeros había quince fotografías que bien merecían formar parte de ella y confiaba en obtener, de ese tercero, un mínimo de cinco válidas. Aspirar a conseguir otras tantas de las últimas veinticuatro, no se me antojaba, en absoluto, un propósito desmedido.

El estudio pareció cobrar vida con el exultante ímpetu de los niños que pasaron, uno tras otro, por aquel sencillo decorado. Venían acompañados de sus padres, arrastrando tras de sí sus pesadas carteras – atestadas de libros, cuadernos y algún que otro juguete que colaban de rondón – y se ceñían entusiasmados, en el pequeño vestidor que habilitase hace años en un lateral de la

trastienda, los vistosos atuendos que les habían comprado expresamente para la ocasión: trajes de chaqueta, en el caso de los niños, y también de almirante o marinero; vestidos blancos con volantes para ellas, que se asemejaban – grotescamente, en mi opinión – a los que lucirían años después, si terminaban pasando por el altar... Un muestrario de una moda suspendida en el tiempo, ajena a dictados o tendencias; tan anacrónica – para según quién – como el propio sacramento al que estaba destinada.

Recuerdo especialmente a una de las chiquillas del martes, una niña adorable de pelo rojo y rizado y profundos ojos verdes: apoyó ambos codos en el pedestal de escayola, palma sobre palma las manos, y esbozó una sonrisa de una candidez conmovedora. La viva imagen de la inocencia, era: irradiaba una pureza tan sincera e irrepetible, que bien merecía ser preservada en celuloide.

– Baja un poquito la barbilla... – le dije – Sólo un poquito... Así, perfecto. Y mantén esa sonrisa, ¿sí? Eso es, muy bien...

La niña respondió a mis exigencias con disciplinada presteza. A mi lado, su madre sonreía con tan indisimulado orgullo que no pude evitar imitarle.

– Tu hija tiene un encanto especial para la cámara – le dije – Es un verdadero lujo trabajar con alguien tan intuitivo.

– Hace ya tiempo que quería hacerle fotos de estudio, ¿sabes? – comentó, henchida por mi halago – Pero así son las cosas: entre sus clases, mi trabajo y todo lo demás, nunca encontramos el momento adecuado para hacerlo.

– Pues ya tocaba, entonces... Es pura fotogenia.

– Gracias.

– Para nada... Gracias a ella. Hace más de la mitad del trabajo... Recuérdame que le dé unos caramelos, antes de que os vayáis. Creo que tengo algunos por ahí.

– ¿Has oído, cariño? – le dijo a la niña – ¿Qué se dice...?

– Muchas gracias – respondió, obediente, ella.

– De nada – le sonreí y volví a inclinarme sobre el visor de la cámara para añadir – Pero

mantén esa posición, anda, que voy a hacer la foto.

La niña volvió a brindarme su mejor sonrisa y yo presioné el disparador.

Dediqué la mañana del miércoles a preparar los contactos que iba a mostrarle a Carlos en nuestra reunión del día siguiente. Revisé todas y cada una de las fotografías de los dos primeros carretes, escudriñándolas con una lupa de aumento para seleccionar sólo aquellas que me satisficiesen plenamente. La premisa era bien simple: si no me sobrecogían – si no era capaz de descubrirme a mí mismo tras aquellas estampas de abandono y decadencia –, es que no eran dignas de formar parte de la serie.

(Que obstinación, ¿verdad?, en zaherirme con mi propio trabajo)

Como imaginaba, rescaté quince de entre las primeras cuarenta y ocho. Sin embargo, se me antojaron insuficientes: quería enseñarle a Montoya todo el material posible, para disponer de un margen de maniobra oportuno en el caso de que no fuese de su agrado. La inactividad me había vuelto inseguro (siempre lo he sido, sí, pero mi indecisión se ha exacerbado desde que no cuento con tu consejo) y el error no era una opción asumible.

Me encerré en el cuarto oscuro, pues, y revelé el material que contenía el tercero de los carretes. Una a una – con una parsimonia que me resultaba insultante –, las fotografías fueron apareciendo en las cubetas, en el papel de 20x30 que había decidido utilizar para las pruebas. Las tres primeras eran lamentables. De la cuarta a la novena, simplemente correctas. La décima estaba bien, igual que la undécima; pero no fue hasta la decimosegunda que sentí atenuarse la ansiedad que empezaba a recorrerme a oleadas. Las dos siguientes confirmaron esa tendencia, como también la decimoséptima, tras la momentánea decepción que supusieron las inmediatas anteriores. Con la decimonovena, constaté por fin que tenía las cinco imágenes válidas que necesitaba de aquel carrete, y eso que aún faltaban otras tantas por aparecer.

Fueron sólo tres, claro, las fotos aprovechables para la serie de las cinco que quedaban:

sumido en la euforia de ver cumplido mi objetivo, había olvidado por completo que las dos últimas las había dedicado a otros menesteres. Caí en la cuenta al revelar la vigesimotercera y entrever, bajo los líquidos de la cubeta, el rostro confundido de Fermín, cogido a traición mientras se aproximaba al mostrador. El encuadre era horrible, por supuesto, torcido y descompensado; pero el cómico estupor que destilaba su rostro bien valía la escasa calidad de la composición.

Sin embargo, la sonrisa se me esfumó al reparar en algo que se observaba detrás de él, más allá de la cristalera que se intuía al fondo. Era otra de esas figuras difusas y traslúcidas: estaba de pie, en la calle, y parecía mirarnos directamente a nosotros. Tuve que coger de nuevo la lupa para poder examinarla con detenimiento y, aún así, no conseguí estar seguro del todo de qué se trataba: estaba extremadamente desenfocada y el grueso grano de la fotografía – acentuado, si cabe, por la improvisación, que me había impedido tomarme tiempo en ajustar los parámetros de la cámara – la reducía a una inextricable amalgama de puntos blancos y negros. Me dio la impresión, eso sí, de que era una mujer; aunque se trató más de presunción que de auténtico convencimiento.

Un incontrolable escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Me había olvidado de las apariciones, después de aquellos días de plácida normalidad. No habían asomado a ninguna de las veintidós fotos anteriores y me cogió por sorpresa que volvieran a hacerlo precisamente en ésta.

La colgué del riel exterior del tendedero y estuve un buen rato observándola, tratando denodadamente de discernir de quién se podía tratar. No lo conseguí, como tampoco pude desembarazarme de aquella inquietante sensación de reconocimiento.

“¿*Quién eres?*”, le pregunté sin palabras, “¿*Te conozco, acaso?*”.

Obtuve mi respuesta cuando se impresionó la última de las fotografías. Se trataba de aquel campo vacío que me había permitido hacer la mañana del lunes. Era una buena foto, esta vez sí: me había tomado la molestia – aunque aquella instantánea careciese de utilidad para mí – de ajustar adecuadamente diafragma, enfoque y tiempo de exposición; y obtenido una reproducción exquisita del decorado de la trastienda, nítida y rica en detalles. En el centro del encuadre, se observaba el telón, pendiendo del bastidor que sostenían los trípodes. A sus pies, el pedestal en forma de columna

proyectaba su sombra sobre la moqueta, en la que descansaba también el espejo de madera. Enmarcaban la estampa a ambos lados las siluetas a contraluz de los dos cuarzos que había instalado para iluminar el forillo. El resto, perfiles apenas reconocibles de los trastos que acumulaba por allí. El blanco y negro y la singular textura granulosa de la 2475 dotaba a la fotografía de una cualidad atemporal, como si se tratase de un bodegón de principios del siglo pasado y no de una imagen de hacía apenas un par de días.

No fue aquello lo que hizo que volviese a encogérseme el corazón, en cualquier caso, sino lo que vi reflejado en la bruñida superficie del espejo: era otra aparición, tan traslúcida como todas las demás, pero bien definida y visible esta vez. Se trataba de una mujer, sí, cuyas formas coincidían con las de aquélla que se atisbaba en la foto de Fermín. Pero en esta ocasión estaba dentro del estudio y dirigía la mirada no hacia la cámara, sino a un punto a su izquierda que quedaba fuera de la imagen.

No me costó demasiado adivinar adónde: me estaba mirando a mí. Tenía los fijos en el punto exacto en que, a este lado de la cámara, debía de encontrarme yo en ese instante, disparando la foto en la que aquella presencia había decidido colarse a hurtadillas. Y me estaba sonriendo, además, mientras me observaba con ternura.

Me negué a dar crédito a mis propios ojos, en un principio.

(Lo entiendes, ¿verdad?)

Los cerré, de hecho, y sacudí la cabeza con espanto, tratando de alejar aquella imagen de mí.

(¿Qué otra cosa podía hacer?)

Como por ensalmo, volvieron a mi mente las palabras que el propio Fermín me brindase en aquella cafetería, tras rescatarme del ostracismo en el que había decidido condenarme a languidecer.

(– Hay quien dice que permanecen entre nosotros, al lado de sus seres queridos; velando por ellos, cuidándoles... – me dijo entonces y me esbozó la sonrisa más triste que he visto jamás)

No... No podía ser cierto.

(– Es mi nieta – susurró don Emilio, un mes después – Murió hace cinco años)

“*No, por favor...*”, es lo único que acerté a pensar. Pero ahí seguía cuando volví a abrir los ojos, sonriéndome desde el espejo.

Tú, Claudia.

(Tú)

Cancelé el resto de mi agenda, después de aquello. Hablé con el párroco de Santa Eduvigis, el mismo miércoles por la tarde y le expliqué que no me sentía capaz de llevar a cabo el trabajo que me había encomendado. Ignorando su consternación, le entregué los negativos de todo lo que llevaba hecho y le aconsejé que le ofreciese el encargo al estudio de Jacobo Huertas, a quien definí como “*un excelente profesional*”, aunque nunca le había considerado mucho más que mediocre. El párroco quiso pagarme, pese a todo, adelantándome la parte proporcional del dinero que le entregarían los padres, pero me negué a aceptarlo. Salí del templo amagando las lágrimas, después de reparar – en uno de los altares menores – en la existencia de un retablo que ilustraba el encuentro de Jesucristo redivivo con santo Tomás.

Tampoco acudí a la cita con Montoya. Estuvo llamándome todo el viernes, pero no me digné a contestar, siquiera. Poco me importaba ya nada para entonces, salvo aquella fotografía que se burlaba de mí y de mi dolor, y que no podía dejar de mirar. Había decidido que no completaría la exposición: ya no tenía sentido hacerla. Después de asumir la desgarradora realidad que aquella imagen me revelaba...

(Cosas que ni siquiera podías sospechar que estaban allí)

... tomé la decisión de preservar la última 2475, hasta que diese con la manera adecuada de utilizarla. No era un simple rollo de celuloide enhebrado en una carcasa de plástico, aquel carrete. Ya no.

(Mi único vínculo contigo, Claudia: en eso se había convertido)

Pese a que seguía pareciéndome una insensatez, pese a que algo dentro de mí pugnaba con

denuedo por negar que tal cosa pudiese estar pasando, empezó a cobrar forma en mi mente lo que me dispongo a hacer ahora.

No se me ocurre ninguna otra salida.

(La verdadera Historia se almacena en negativos, nunca en nuestra mente)

Y me parece patético que tenga que ser así... me rompe el alma que no haya nada más que pueda hacer... pero no lo hay.

(Esta máquina es mágica)

...

No lo hay, no.

...

Sea, pues.

(Sea, sí)

Y aquí estoy, Claudia: sentado en nuestra cama, hablando contigo.

(Porque sé que estás aquí, mi amor; sé que has escuchado este monólogo desesperado con el que trato de convencerme de que lo que voy a hacer es una locura... Y me gustaría creer que tú piensas que no lo es)

He cargado la 2475 en la cámara, la he armado en un trípode y colocado justo frente a mí. En la mano, sostengo el control remoto del disparador automático. Cuando presione el botón, la *Nikon F2AS* empezará a hacer fotografías: una cada treinta segundos, incluidos los veintiuno intermedios de exposición. Es todo lo que tengo, Claudia.

(Lo que tenemos)

Veinticuatro fugaces ocasiones para volver a estar juntos. Sólo eso... Nada más.

Estoy mirando el disparador, ahora mismo. No consigo decidirme.

Tengo miedo, Claudia... Miedo de equivocarme y que esto acabe convirtiéndose en una

desquiciada autoinmolación. ¿Cómo podría estar seguro de nada, en un momento así...?

(Pero estabas en ese espejo, ¿verdad?, y bien merece la pena intentarlo)

Cierro los ojos y oprimo el botón. El temporizador de la cámara se activa, con un sordo ronroneo que me acompañará hasta que termine su tarea, y dispara la primera de las fotografías.

Quedan sólo veintitrés.

Ayer me dejé arrastrar por la angustia y me pasé toda la mañana haciendo pruebas con los carretes que conservaba en el almacén. Había más de ciento cincuenta tipos diferentes, de todas las marcas y sensibilidades que existen en el mercado.

Veintidós.

No dejé ni uno solo por utilizar: hice un par de fotos con cada uno, idénticas a aquella en la que aparecías tú. Las revelé acto seguido, escudriñándolas con la lupa, tratando de vislumbrarte en algún rincón.

(Quizás en el espejo, sí; pero también oculta entre las sombras del fondo)

Veintiuna.

Fue inútil: ninguno de aquellos carretes consiguió los efectos del 2475. Ninguno.

(Campos vacíos, eso obtuve; riéndose de mi desesperación)

Veinte.

Buceé en *internet*, entonces, buscando información sobre casos similares; tratando de localizar algún remanente disponible en cualquiera de las tiendas *online*, o en *E-Bay*; incluso en lo poco que queda de la propia *Kodak*.

Diecinueve.

Pero nada: sólo a mí me había pasado aquello. Sólo yo dispongo de un ejemplar – el último – de esa vieja serie cancelada.

(Esto es cuanto tenemos, Claudia: veinticuatro fotografías antes de volver a perderte, esta vez para siempre. Diecinueve, ahora)

Dieciocho.

Iré a Atzaneta a revelarlas, lo tengo decidido. No se me ocurre un sitio mejor.

Utilizaré la misma máquina que usase mi padre para procesar aquella imagen de la *Cova Obscura*, cerrando un círculo que dio comienzo hace veintiocho años.

Diecisiete.

Y no volveré a hacer ninguna más. Nunca.

Dieciséis.

No sé qué será de mi vida, después. No creo que vuelva a ser tal: concluirá ahí, en esos veinticuatro instantes congelados que aparecerán – insólita alquimia aún, por mucho que la contemple – en las cubetas del cuarto oscuro del sótano.

No seré yo quien sobreviva a ese revelado – de eso sí que estoy seguro –, así que poco me importa qué pueda terminar siendo de él.

Quince.

Cuando moriste, Claudia, intenté confortarme pensando que el desolador vacío en el que me sumió tu pérdida significaba, al menos, que había llegado a tenerte alguna vez... Me convencí de que era preferible perderte, sí, que no haber estado nunca a tu lado. Y eso me ayudó a sobrellevar la angustia y el dolor.

Catorce.

Pero no me servirá de nada, ahora, ese consuelo. No, porque toda mi vida seré consciente de que te tengo sin tenerte; de que estás ahí, aunque no pueda tocarte; de que me ves, pero que yo no puedo hacerlo... Y no creo que sea capaz de soportar tal carga.

Trece.

Te sigo queriendo, Claudia. No te mentía cuando te dije que siempre lo haré. Y ahora, me arrepiento de todas esas veces que pude recordártelo y no lo hice.

(Siempre tarde, ¿verdad?, siempre mal)

Doce.

Sobre todo, me lamento de no haber llegado a decírtelo aquella noche; de haberte dado la

espalda – aunque no fuese en absoluto mi intención –; de hacerte sentir que te alejaba de mí.

(¿Para qué, si está demostrado que no sé vivir si no es contigo?)

Once.

Ni siquiera sé con seguridad qué me encontraré cuando revele estas fotos, en el mismo sótano en que descubrí un oficio que practico ahora por última vez.

Diez.

Llevo días especulando con ello. Desde que me decidí a hacer esto... desde que asumí que exponer mi alma a la cámara era la única forma de volver a reunirme con la tuya.

Nueve.

Sé lo que aspiro a conseguir, por supuesto, y me aterra que no termine siendo así.

(Tu perdón, Claudia)

La constatación de que no me has guardado rencor durante este año de ausencia, de que me sigues amando como yo a ti... como antes de que aquella maldita furgoneta truncase lo mejor que he tenido jamás.

Ocho.

Quiero que me abracés, en las fotografías. Que me acunes en tu regazo como a un niño y exorcices los demonios que me asedian desde que te marchaste.

Siete.

Quiero consuelo, Claudia. Redención.

Necesito volver a sentir, por un momento, lo que siempre me hiciste sentir.

Alivio... calma... serenidad...

Seis.

No sé si soy merecedor de tanto, pese a lo que me dijo tu padre.

(¿Lo soy...?)

Me gustaría creer que sí.

Cinco.

“*Nuestra memoria es imprecisa y falible: olvida y manipula, sustrae y sustituye*”. Eso me susurraba el mío, cuando era niño, espoleando mi imaginación infantil.

Y eso busco, precisamente.

Cuatro.

No quiero recuerdos, ahora: NECESITO certezas.

(Y es en fotografías que se conserva nuestra Historia)

Tres.

Sí, Claudia: en fotografías. De ti... De los dos, juntos por última vez.

Verdad, después de tantas excusas y justificaciones: VERDAD.

Dos.

¿Lo conseguiré, mi amor...? ¿Me concederás tu perdón para que me consuele con él en tiras de 35 milímetros?

Una.

...

...

Ninguna.

Y con un chirrido, el carrete empieza a rebobinarse.